

# el proletario

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

**LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO:** la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del "socialismo en un solo país" y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia – el partido de clase –, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoral, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimientismo o aventurerismo "lucharmadista"; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

el proletario

Nº 9

Enero-febrero-marzo,  
2016

Precio: Europa: 1'5 € ; 3CHF ; 1'5£  
América del Norte: US \$ 2  
América Latina: US \$ 1'5

## LA ÚNICA LÍNEA ROJA

**Las pasadas elecciones generales han dejado en España un panorama parlamentario aparentemente caótico. Si el celebrado cambio político tenía que llegar, lo ha hecho de una manera nada clara, con un Senado controlado por el Partido Popular y con un Parlamento capitaneado por los dos principales partidos políticos nacionales.**

Más allá de las nuevas caras que se ven entre los diputados y senadores, lejos de las tertulias políticas en *prime time* que copian el modelo de la prensa rosa

para dar lugar cada noche a una tormenta en un vaso de agua... lejos en fin del espectáculo electoral que en todas las «democracias avanzadas» se ha convertido en un show de lo más chabacano, «el cambio» ha resultado ser, únicamente, una recomposición de los cálculos necesarios para formar gobierno que acentúan hasta el límite de lo posible el *cretinismo parlamentario* al que, hasta ahora, todos estaban acostumbrados. Los círculos empresariales, la Comisión

Europea e incluso el mismo presidente de los EE.UU., precisamente aquellos a los que «el cambio» iba a asustar, no parecen haberse puesto a temblar aún por el ascenso de Podemos y sus primos lejanos de Ciudadanos, sino que se limitan a pedir *estabilidad* institucional, al margen de qué formación sea aquella que la garantice, es decir, se limitan a pedir que España sea un país bien gobernado independientemente de quién lidere su gobierno.

(sigue en pág. 2)

### EN ESTE NÚMERO

- Sobre la crisis prolongada de la clase proletaria... (II).
- No a la intervención española en Siria.
- Atentados en París: ¡El Capitalismo es responsable! ¡Guerra de Clase al capitalismo!
- Huelga de los trabajadores de TMB: el ayuntamiento de Colau muestra su verdadera cara anti obrera.
- Siguiendo el hilo del tiempo: Socialismo y nación.
- Nota de lectura: el derrotismo universitario.
- Vida de Partido.

### **8 de marzo: en una sociedad en la cual se santifica el beneficio capitalista a toda costa, se da el desprecio congénito a la vida humana y, en particular, a la vida de las mujeres**

Desde hace décadas, el 8 de marzo es una fecha en la cual se concentra una de las más horribles hipocresías de la modernísima y civilizadísima sociedad burguesa.

Nacida, en los comienzos del pasado siglo, como una fecha en la cual los partidos proletarios de todo el mundo querían colocar en un primer plano la necesidad y la urgencia de que el movimiento obrero asumiese la tarea de luchar no sólo contra la opresión salarial sino también contra la opresión de género que en la sociedad capitalista golpea a las mujeres en cuanto tales y en particular a las mujeres proletarias, el 8 de marzo ha sido transformado –con una total sintonía entre la clase burguesa y las fuerzas del oportunismo político- de jornada de lucha proletaria contra la doble opresión en jornada en la cual se elevan abstractas esperanzas de que, entre hombres y mujeres, sean reconocidos «derechos iguales» en el campo social, jurídico y laboral.

Como el 1º de mayo proletario, también el 8 de marzo proletario ha sido destrozado

y pisoteado, convirtiéndolo en un símbolo impotente con el cual como mucho son recordadas por un lado las muertas en el trabajo y, por otro lado, las mujeres asesinadas como si fuesen víctimas de la fatalidad o de un destino desafortunado; como que del infierno capitalista y de la opresión social no se saldrá jamás, si bien en algunos casos las medidas de seguridad en los puestos de trabajo puedan evitar algunos incidentes mortales y las denuncias de la violencia física y sexual contra las mujeres puedan impedir la propagación sin obstáculos de las violaciones, de la violencia doméstica y de los asesinatos. Pero basta con levantar la vista y mirar la realidad para darse cuenta de que en una sociedad donde todo es mercancía, donde la vida de cualquier ser humano está constreñida a sufrir las leyes del beneficio capitalista y la violencia de la explotación está ínsita en el modo de producción, no podrán existir jamás «derechos iguales» para todos porque

(sigue en pág. 6)

# La única línea roja

(viene de la pág. 1)

## ¿Inestabilidad?

La estabilidad real para un país capitalista no se mide en términos de división parlamentaria: ni sus unidades de medida son los grupos políticos existentes en el Congreso ni las posibles alianzas entre ellos constituyen nunca una novedad. La estabilidad en un país capitalista, como lo son **todos** hoy en día, consiste en *la estabilidad del gobierno de la burguesía sobre el proletariado*. En España este gobierno está completamente asegurado y se desarrolla sin fisuras significativas desde hace décadas. De hecho este gobierno ha superado duras pruebas sin que sus fundamentos se pusiesen en cuestión ni por un momento y siempre ha logrado mantener incólume el dominio de clase burguesa. Este dominio no se basa en que al frente del Estado se encuentre un dictador o uno de los partidos de la derecha burguesa. El dominio de la burguesía sobre el proletariado se levanta sobre bases mucho más *estables* que las del simple aparato de gobierno. La competencia que los proletarios se hacen entre sí, en la lucha por el puesto de trabajo, la búsqueda de la supervivencia individual dentro de las relaciones capitalistas de explotación, constituye el primer puntal sobre el que gira la debilidad de la clase proletaria y, consecuentemente, la fortaleza de la burguesía. Esta competencia está en el mismo origen del capitalismo y es la que reduce al proletariado a subsistir únicamente como *clase para el capital*. La burguesía consigue con ella la posibilidad de explotar al conjunto de la clase mientras presenta la situación que sufre cada individuo aislado de esta como un problema aislado cuya responsabilidad y posibilidad de resolución cae únicamente sobre sus espaldas. La verdadera *estabilidad* del régimen burgués consiste en que cada día los proletarios se encaminan desde sus barrios y sus pueblos a servir como mano de obra en las empresas, sean estas privadas o estatales. En que, después de abandonar la empresa, cumplida la jornada de trabajo, se enfrentan de nuevo individualmente al casero, al banquero y al comerciante.

En que, cuando la situación es ya tan terrible que lo que se pone en juego es la propia vida del proletario, únicamente le queda asumir el riesgo individual de emigrar, jugándose la existencia por tierra y mar, para ser recibido por la burguesía de los países de destino con métodos brutales que le reducen a la condición de simple objeto con el que comerciar de nuevo según las exigencias de la producción (tantos sirios a Alemania que son los que pueden absorber Thyssen y Krupp, tantos marroquíes a España que son los que se necesitan para la construcción y así en todo el mundo).

La *estabilidad* en cualquier Estado burgués consiste en explotar de manera estable y continuada en el tiempo al proletariado, ¿o acaso durante estas semanas de supuesta inestabilidad parlamentaria el Estado español ha dejado de recaudar impuestos? ¿Quizás ha dejado de desahuciar familias? ¿La burguesía ha dejado de aplicar la legislación laboral para despedir a miles de trabajadores? A lo largo del tiempo la burguesía española ha sido capaz de mantener su orden en diversas situaciones difíciles. Y ha aprendido de ello.

En 1.975 la estabilidad consistía en superar la crisis de fluidez en las relaciones capitalistas de producción sin que esto supusiese un riesgo para el orden político. Y se logró. El conjunto institucional del régimen franquista se recicló en las instituciones democráticas sin que existiese ninguna fractura en la continuidad de sus funciones: la monarquía, el ejército y la unidad nacional fueron los conductos políticos por los que se empalmaron los extremos de dos regímenes (el viejo y el nuevo, por mostrar que hasta en el vocabulario los adláteres del cambio son extremadamente conservadores) que tenían la misma base social. En niveles inferiores, todo el aparato estatal permaneció inalterado, los jueces siguieron en sus puestos aunque el viejo Tribunal de Orden Público pasase a llamarse Audiencia Nacional, la policía continuó campando a sus anchas con uniformes renovados pero con los mismos comisarios, el terrorismo de Estado incluso se reforzó

en la medida en que las Fuerzas de Orden Público cedieron la labor de las ejecuciones extra judiciales a grupos de mercenarios contratados por el gobierno... Si la estructura legislativa varió, como lo hizo la configuración territorial del país, fue para modificar las fórmulas dictatoriales que eran demasiado rígidas y no permitían responder a las nuevas necesidades que el capital nacional planteaba, tanto para superar la crisis económica como para incluir a algunos sectores de la burguesía periférica que habían estado fuera de la esfera política durante las pasadas décadas. El aparato del Estado no varió, lo viejo continuó en lo nuevo, una vez que la burguesía española asumió las medidas de modernización que la situación internacional y nacional requería.

Durante la Transición, la ilusión parlamentaria fue tenazmente jugada por la burguesía como su principal arma contra el proletariado. La democracia naciente se presentó como el marco en el cual tanto proletarios como burgueses podrían resolver sus problemas mediante el arbitrio de un Estado que se pretendía colocado por encima de las clases sociales. En medio de la crisis capitalista mundial, cuyos efectos sufrió el proletariado español con especial intensidad, la burguesía presentó un *programa único* de gobierno más allá de las divisiones existentes entre los diferentes partidos políticos: *los Pactos de la Moncloa*, hoja de ruta cuyo objetivo era lograr un aumento de la productividad en todos los ámbitos de la economía mediante una drástica reducción de las condiciones de existencia del proletariado, y *la Constitución*, que consagraba a ojos de los trabajadores la vía parlamentaria como la única posibilidad de intervención política.

La democracia ha significado, cuarenta y un años después, el triunfo rotundo de todas las exigencias que planteó la burguesía y el hundimiento del proletariado en una situación de absoluta desesperación. Y hoy, los llamados partidos del cambio vienen a impugnar este recorrido, sino a hacerse fuertes en él, defendiendo que hay que «profundizar» la democracia en España, que el proletariado y el resto de clases

subalternas deben confiar de nuevo en el parlamentarismo como única vía para mejorar su existencia. Estos partidos recogen el legado de aquellos que hace cuatro décadas fueron la cabeza de playa de la burguesía y pretenden que su irrupción en las cámaras legislativas y en las instituciones locales garantizan una próxima mejora de la situación para aquello que ellos llaman «el pueblo».

### ¿Ingovernabilidad?

De hecho, los poco más de cinco millones de votos que ha obtenido Podemos no le proporcionan ni de lejos la oportunidad de cumplir el objetivo que marcó su líder y del que hoy se desdican continuamente, un gobierno en solitario. En este contexto, los que ayer eran casta hoy son aliados contra el nuevo principal objetivo a abatir, que es el PP. Y se olvida que el PSOE ha sido el partido que durante más tiempo ha gobernado en democracia, que de su mano vinieron las principales leyes anti obreras que se han promulgado, que este partido organizó y financió el GAL, que creó la ley Corcuera y un largo etcétera. En pocas palabras, tanto Podemos como Ciudadanos son poco más que partidos-muleta en los que se apoyan los dos principales partidos políticos de España para gobernar (algo que, por otro lado, ya sucedió con el apoyo de CiU y PNV tanto al PSOE como al PP durante los años '90). Los partidos del cambio juegan el papel de cuadrar la mayoría necesaria para que uno de los dos partidos que siempre han gobernado pueda hacerlo. Un buen «cambio», sin duda.

Es en este sentido que se muestra no ya la poca utilidad de estos partidos sino el verdadero papel que cumple el órgano legislativo. La famosa frase de Alfonso Guerra «Montesquieu ha muerto», que habitualmente es entendida como la constatación de la sumisión del Poder Judicial al Ejecutivo, muestra ahora su otra cara una vez que se evidencia que también el Poder Legislativo está plenamente sometido a la función de dar un gobierno: sean cuales sean las características del presente parlamento, lo cierto es que gobernará un partido que ya ha asumido esta tarea durante el periodo de alternancia que comienza en 1.982. Y sean cuales sean las esperanzas

puestas en que la llegada de Podemos al Parlamento iba a suponer algún tipo de cambio revolucionario aunque sólo fuese en la reducida esfera del orden gubernamental, lo cierto es que únicamente va a hacerle el juego al Partido Socialista. ¿A cambio de qué? La respuesta a esta pregunta ya cae incluso fuera de la farsa política y entra dentro del campo del arribismo y de las prometedoras carreras políticas de determinados profesores de universidad.

Por su parte la propia burguesía está demostrando lo poco que necesita del gobierno surgido del Parlamento para mantener su orden. El hecho de que durante un periodo considerablemente mayor de lo normal haya prescindido de formar un gobierno, con las múltiples opciones que tiene a su disposición, es indicativo de que el verdadero gobierno se encuentra fuera de las instituciones llamadas representativas. Lo mismo da un gobierno «de cambio» que uno en funciones que ninguno en absoluto. La función del ejecutivo votado por los parlamentarios es simplemente la de un gestor, que debe ser eficiente y capaz, pero que en ningún caso es imprescindible. Y esto es así porque la función de todas las instituciones democráticas es la de vincular a los proletarios, lo que significa a la mayor parte de la población de las sociedades modernas, al Estado burgués. A través de la ilusión parlamentaria se refuerza entre la clase obrera la idea de que en estas sociedades existe un interés común que puede ser dilucidado lejos de la lucha entre las clases y que, por lo tanto, todas las expectativas deben ponerse siempre en que un partido lo suficientemente representativo del conjunto de la nación se haga con el gobierno. La burguesía utiliza el Parlamento para gobernar, pero no en el sentido en que habitualmente se entiende esto, no porque sólo los burgueses llegan al Parlamento (algo que en la perspectiva del oportunismo socialdemócrata y estalinista podría solucionarse logrando más votos para sus partidos) sino porque mediante el parlamentarismo se inculca en la clase proletaria la idea de la colaboración con la burguesía, que significa en la práctica su sometimiento a los intereses de clase de esta. Ni el Parlamento ni en general el Estado tienen ninguna autonomía: son

instrumentos en manos de la clase burguesa que los utiliza a modo de lubricante para atenuar las tensiones que genera el hecho de que gobierna, siempre y en todo lugar, contra el proletariado. Múltiples variantes dentro del Parlamento dan como resultado un mismo hecho: la burguesía gobierna. Y cuanto mayor sea la cantidad de estas variantes con más facilidad gobernará, porque mayores serán las ilusiones que el proletariado ha depositado en el sistema democrático y menos problemas presentará a la hora de padecer las exigencias que le impone su enemigo de clase, y por lo tanto más lejos se encontrará del terreno de la lucha de clase, el único en el que puede vencer.

De esta manera, negada cualquier independencia tanto al Ejecutivo nacional como al Parlamento, se entiende claramente que en España no hay en estos momentos ninguna dificultad para gobernar sino que, de hecho, la burguesía va a encontrar mayores facilidades para hacerlo. Sobre un terreno muy simple se ve claro: si hace dos, tres o cuatro legislaturas cualquiera que fuese el gobierno necesariamente tendría un solo color, ahora la necesidad obliga a que se permita que haya diferentes formaciones en este e incluso se permite la integración de determinados sectores de la pequeña burguesía que sueñan ahora con una representación más directa de sus intereses. El propio Pablo Iglesias lo ha dicho en un artículo publicado recientemente: se va hacia una coalición entre partidos al estilo de

*(sigue en pág. 4)*

### REPRODUCCIÓN LIBRE

No reivindicando ninguna «propiedad intelectual» ni teniendo tampoco ningún «derecho de autor» que defender ni mucho menos una «propiedad comercial» que hacer valer, los textos y artículos que originariamente aparecen en la prensa y el sitio del partido pueden ser libremente reproducidos, tanto en papel como en formato electrónico, con la condición de que no se altere el texto y se especifique la fuente -el periódico, revista, suplemento, opúsculo, libro o sitio web (<http://www.pcint.org>)- de la que se ha tomado.

# La única línea roja

(viene de la pág. 3)

aquellas que gobiernan en países como Alemania, Italia, etc. (El País, 25 de enero de 2016). Precisamente son estas «experiencias de coalición» las que han mostrado en casi todos los países de Europa la verdadera naturaleza de las instituciones parlamentarias: en todos ellos la situación de la clase proletaria ha empeorado a ritmos vertiginosos con la izquierda en coaliciones, en todos ellos el Parlamento ha servido para que la burguesía imponga sus medidas durante la crisis capitalista sin encontrar una oposición significativa. En todos estos países, en fin, las coaliciones parlamentarias han contribuido a inocular el virus de la colaboración entre clases, con los consabidos resultados para el proletariado, dando una pátina de credibilidad a la lucha democrática.

## La única línea roja

Todos los parlamentarios, todos los politólogos y todos los tertulianos

### Dónde puedes encontrar **'EL PROLETARIO'**

**La Rosa del Foc**  
C/ Joaquim Costa 34 bj  
28001 - Barcelona

**Enclave de libros**  
C/ Relatores, 16  
28012 - Madrid

**Librería Primado**  
Avda. Primado Reig 102  
46010 - Valencia

**Librería Sandoval**  
Plazuela del Salvador, 6  
47002 - Valladolid

### Correspondencia

**Apdo. Correos 27023,**  
**28080 Madrid**

**Email**  
**elprogramacomunista@pcint.org**

**Visita el sitio del Partido**  
**www.pcint.org**

coinciden en una cosa: en las presentes elecciones, como ya sucedió en las pasadas y en todas las anteriores, se ventila de manera crítica el destino de España. El país viviría, según ellos, a salto de mata y cada movimiento parlamentario debería ser recogido, analizado y diseccionado con el mayor interés porque con él está en juego prácticamente todo. Pero lo cierto es que la montaña nunca llega ni tan siquiera a parir un ratón y una única tendencia se refleja claramente a lo largo de estas décadas de gobierno democrático de la burguesía: brutal empeoramiento de las condiciones de vida y de trabajo del proletariado, aplastamiento no menos brutal de todos los elementos que en un momento dado han podido generar incertidumbre (y esto con la aquiescencia de todos los grupos parlamentarios, cualquiera que sea su color político). De hecho, de las aproximadamente 300.000 normas que componen el corpus legal del Estado español, leyes que van desde las ordenanzas municipales hasta las reformas laborales, más del 90% se han aprobado, y se seguirán aprobando, sin hacer ruido, sin oposición y, prácticamente, sin que se sepa fuera de los recintos del Parlamento. Esto significa que el conjunto de leyes que regulan la vida cotidiana del proletariado y que refuerzan su situación de sometimiento a la clase burguesa, son apoyadas con el concurso, activo o pasivo, de todas las fuerzas democráticamente elegidas. Es cierto que las grandes leyes como las reformas del mercado de trabajo, las que regulan el marco financiero, etc. son aprobadas por lo general con la oposición parlamentaria ejerciendo su papel, pero también es cierto que ninguna de ellas ha sido revocada una vez el gobierno ha cambiado. Y esto porque las grandes líneas de actuación gubernamentales están fijadas de antemano mediante grandes pactos (de la Moncloa, de Toledo, etc.) que encauzan una corriente determinada por la propia naturaleza del capitalismo: la explotación cada vez mayor de la clase proletaria y la competencia con las burguesías rivales. Ahora que continuamente se escucha hablar de las «líneas rojas» que uno u

otro partido no piensa cruzar o no piensa permitir que su futuro aliado cruce, conviene recordar que la única línea roja para todos los partidos burgueses es la defensa de la economía nacional. Esto significa el incremento de la productividad general de la economía, algo que únicamente puede hacerse cargando el peso sobre las espaldas del proletariado y que se ha concretado a lo largo de estos años en salarios bajos, incrementos del coste de la vida, etc. La única línea roja es aquella que la burguesía ha trazado y que sirve para delimitar los intereses que mantiene como clase. De ella se derivan todas las prohibiciones que de nuevo todos los partidos se imponen y que afectan tanto a la gobernabilidad interior del país como a las relaciones que se mantienen con el resto de burguesías nacionales del mundo: defensa del orden cuando los proletarios amenazan romperlo, es decir, disposición de todos los medios posibles para garantizar la paz social y defensa de las posiciones que la burguesía española mantiene en el exterior, facilitando sus negocios por la vía pacífica o por la violenta cuando la guerra es la única salida. Se trata, por lo tanto, de la línea roja que delimita el terreno de la lucha de clase que la burguesía libra cotidianamente contra el proletariado y contra sus competidores internacionales para asegurar sus intereses. Para con ella todos los partidos del arco parlamentario guardan un respeto sepulcral.

## El hilo rojo

Si la burguesía gobierna sobre el proletariado por la vía democrática es como consecuencia de la derrota que este sufrió ante sus métodos dictatoriales. La democracia moderna que existe en los países del capitalismo desarrollado no está levantada sobre las conquistas del movimiento obrero, como pretenden que sea la socialdemocracia y el estalinismo de viejo y nuevo cuño. El movimiento de clase del proletariado, a lo largo de sus periodos de auge tanto como de sus periodos de debacle, es el movimiento hacia la destrucción de la sociedad dividida en clases y por lo tanto de la última expresión de esta, el capitalismo. Frente a la clase proletaria la burguesía ha utilizado

tanto las fórmulas democráticas de gobierno como las dictatoriales sin que por ello variase ni un ápice el contenido de su régimen. Estas variaciones no se han debido a otra cosa que a la fuerza que el proletariado ha mostrado en el combate: las formas dictatoriales han aparecido cuando la presión sufrida por la burguesía era tan elevada que las debilidades consustanciales al gobierno democrático convertían a este en una rémora (precisamente porque el empuje del proletariado no tenía nada de pacífico ni de democrático sino que era abiertamente violento y dictatorial). En España, tras el periodo que va de 1.931 a 1.939, el gobierno dictatorial acabó por ser la única vía para mantener a los proletarios a raya, una vez que los experimentos democráticos de la pequeña burguesía ilustrada fracasaron estrepitosamente. Pero a su vez las formas dictatoriales dejan paso a las democráticas cuando estas vuelven a ser eficaces. Por un lado el gobierno dictatorial es la síntesis de un esfuerzo centrípeto en el que la burguesía empeña todas sus fuerzas luchando contra la corriente de un capitalismo que es necesariamente centrífugo porque tiene su base en la producción atomizada y el caos consecuente con ella. Y este esfuerzo es costoso de mantener, excluye a una buena parte de los burgueses de sus posiciones habituales, y muestra abiertamente su naturaleza anti proletaria de manera que difícilmente puede mantenerse cuando la tensión que generan las crisis capitalistas reaparece. Por otro lado, ante un proletariado que es espoleado por la crisis y amenaza con volver al terreno de la lucha abierta pero que aún está lejos de hacerlo, la burguesía requiere el concurso de todas aquellas partes que estaban excluidas en el gobierno dictatorial y, además, necesita canalizar las primeras sacudidas de la clase obrera por la vía democrática para esterilizarlas.

Fundamentalmente, en esto consistió la ya lejana Transición española, cuando las burguesías vascas, catalanas, etc. fueron llamadas a participar en los asuntos de Estado mediante representantes propios y al proletariado se le lanzó la ilusión democrática para alejarle de sus tentativas de lucha. Por supuesto el

Estado democrático resultante es muy diferente de las democracias clásicas de la burguesía revolucionaria: lleva consigo todas las características de un Estado dictatorial porque estas forman parte de un bagaje político del que la burguesía no quiere ni puede desprenderse a la espera de futuras convulsiones sociales.

Las lecciones que el proletariado debe aprender de este nuevo esperpento electoral en el que buena parte de él ha puesto grandes esperanzas no le serán visibles inmediatamente.

Que el «cambio democrático» ha sido y es hoy en día una baza que la burguesía juega contra él, es un balance que todavía debe conquistar y que le será muy doloroso alcanzar, privado como está tanto de un asociacionismo mínimo que le permita combatir sobre el terreno del enfrentamiento inmediato como de su partido de clase, órgano de la revolución comunista. Pero el hecho de que la burguesía deba recurrir a estos nuevos equilibrios parlamentarios, a esta nueva composición del gobierno, es indicativo de que la *verdadera inestabilidad* que tanto teme puede aparecer por el horizonte. Y por lo tanto es completamente seguro que a la larga la clase de los sin reservas, la clase que porta en su seno la destrucción de todas las clases sociales, acabará por reanudar el camino sobre el hilo rojo que le une a sus pasadas experiencias de lucha revolucionaria. Y entonces se reencontrará con el bagaje teórico que extrajo de las grandes confrontaciones históricas y que le debe llevar a rechazar por igual cualquier tipo de equilibrio o desequilibrio parlamentario, cualquier tipo de gobierno democrático, porque en ellos rechazará el mismo dominio de la burguesía. El camino no será fácil y no estará exento de dolorosas pruebas que aún no se pueden prever, pero lo que es seguro es que pasará por el rechazo a todo el sistema de colaboración entre clases y por la fijación, como objetivo principal, del abatimiento del Estado burgués, órgano de la verdadera dictadura burguesa, para imponer su dictadura revolucionaria mediante la cual comenzar la transformación socialista de la sociedad.

## « Il Comunista »

No 142, Febbraio 2016 -

- Europa: ordine capitalistico e pressione inarrestabile di popolazioni migranti
- 8 marzo: in una società in cui si santifica il profitto capitalistico a tutti i costi, emerge il suo genetico disprezzo per la vita umana e, in particolare, per la vita delle donne
- Nei regimi borghesi, totalitari o democratici, la repressione va fino alla tortura e all'assassinio: in Egitto, ma anche in Italia
- Sindacati tricolori. Esigenze del mercato e del padronato contro esigenze del proletariato.
- Alcuni dati sull'Egitto
- Barcellona: Sciopero dei lavoratori TMB. La giunta Colau mostra il suo vero volto antioperaio
- A cent'anni dalla prima guerra mondiale. Le posizioni fondamentali del comunismo rivoluzionario non sono cambiate, semmai sono ancor più intransigenti nella lotta contro la democrazia borghese, contro il nazionalismo e contro ogni forma di opportunismo, vera intossicazione letale del proletariato
- Proletariato e guerra: la Sinistra di Zimmerwald - Lenin: progetto di risoluzione, progetto di manifesto
- Nello sforzo comune di difendere la teoria marxista e il patrimonio politico della Sinistra comunista, proseguiamo il lavoro di assimilazione teorica vitale per il partito. La rivoluzione proletaria è internazionale e internazionale è la trasformazione socialista dell'economia (RG, gennaio 2015)
- La donna e il socialismo (12) di A. Bebel
- Immediatismo (Dizionario marxista)
- Uscire dall'ombra lanciando una "freccia nel tempo"?
- Vatti a fidare delle Poste italiane

Giornale bimestrale - Una copia 1,5 €; 5 FS; £ 1,5 - Abbonamento: 8 €; 25 FS; £ 6 - Abbonamento di sostegno 16 €; 50 FS; £ 12.

### Suplemento Venezuela N° 20 al N° 51 de «el programa comunista» - Diciembre de 2015 -

- Elecciones y hecatombe económica
- Corrupción en Venezuela — ¡y en todo el mundo capitalista!
- "Gamelotes mentales"
- Bachaqueros y proletarios
- ¡Maduro es el culpable de la escasez!
- Partido revolucionario o "gran partido socialdemócrata de masas"
- Amadeo Bordiga Partido y clase (función del partido)
- Atentados en París
- Colombia y Venezuela, países civilizados...
- Paris c'est la fête!
- La ley de la oferta y la demanda - Marx responde al obrero Weston
- El programa del partido comunista internacional

## 8 de marzo

(viene de la pág. 1)

la sociedad está dividida en clases que tienen intereses contrapuestos; para darse cuenta de que la clase dominante, la burguesía, se mueve en el más feroz antagonismo contra las clases subordinadas y en particular contra la clase del proletariado.

La explotación de la prostitución, la reducción a la esclavitud de mujeres precipitadas en la miseria, la violencia contra las mujeres perpetrada entre los muros del hogar, acompañan sistemáticamente al desarrollo de la vida cotidiana en una sociedad que, mientras exalta como valores fundamentales de la vida civil el derecho, la «igualdad de oportunidades», el respeto de la vida humana, la maternidad y la familia, pisotea y aplasta en la realidad del día a día a millones de seres humanos, inmolados para la satisfacción de los privilegios concentrados en las manos de las clases dominantes burguesas. En la sociedad en la cual la violencia está en la base del mismo modo de producción, no puede haber desarrollo pacífico, armonioso, respetuoso de la vida y de la naturaleza. En la sociedad que ha levantado la propiedad privada y el beneficio capitalista como puntales fundamentales de la vida social, el acaparamiento violento en las manos de una minoría de la riqueza producida socialmente como sistema de defensa con las leyes y con la fuerza, y que se rige exclusivamente por la explotación salarial sistemática de la gran mayoría de los seres humanos que habitan el planeta, volviéndolos proletarios, sin reservas, es «normal» que también los individuos ejerzan la violencia contra individuos más débiles, sobre todo si es el conjunto de la organización social el que coloca en un estado de inferioridad permanente y de opresión a la mayoría de la población. En este estado permanente de inferioridad y de opresión se encuentra en particular la población femenina proletaria: a la explotación de su capacidad de trabajo se une la opresión doméstica, la violencia física, sexual, psicológica y el asesinato: ¡cuerpos vendidos y comprados como una mercancía cualquiera cuando no sirven más a sus necesidades!

Para completar todo esto, los poderes burgueses, amenazados por las luchas sociales y por las tentativas revolucionarias de las clases proletarias, han dado vida a una serie interminable de reformas políticas y sociales, pero la situación dramática desde el punto de vista económico y social de millares de seres humanos no ha sólo no ha cambiado sino que ha empeorado. 200 años de desarrollo capitalista y de poder burgués no han mejorado la vida cotidiana de los trabajadores asalariados del mundo, excepto en una pequeña parte y en los países en los cuales las clases proletarias han luchado con más dureza en defensa de sus propias condiciones de vida y de trabajo. La disparidad social entre burguesía y proletariado ha aumentado, no ha disminuido; la

opresión salarial se ha vuelto más feroz, no se ha atenuado; la violencia económica y social ha aumentado en progresión geométrica en lugar de reducirse. Y la violencia sobre las mujeres, que es parte integrante de la violencia general que la clase burguesa ejerce sobre toda la sociedad para defender sus privilegios de clase, ha aumentado, no ha disminuido. El hecho de que esta violencia se ejerce en la mayor parte de los casos en la familia, dentro del hogar y a cargo de los familiares y parientes, demuestra que la institución de la familia burguesa, elevada a pivote de la vida social de los seres humanos, en realidad concentra en su ámbito la violencia que se deriva de la presión que las relaciones sociales, determinadas por las condiciones de esclavitud salarial y de mercantilización de cada acto y actividad humana, ejercen sobre cada individuo particular.

Para revertir completamente el curso asesino de la explotación capitalista, la clase proletaria, la clase que no posee nada pero que produce la riqueza social, es históricamente la única clase social que potencialmente está en condiciones de abatir el poder político de la clase burguesa e iniciar la transformación económica y social de toda la sociedad en la perspectiva de una sociedad racionalmente armoniosa y de especie en la cual las causas profundas de cualquier opresión, de cualquier violencia, de cualquier esclavitud sean superadas definitivamente.

¿Utopía? ¿Es imposible llegar a una sociedad sin opresión, sin violencia, sin explotación del hombre por el hombre? Es lo que sostienen todos los burgueses porque tienen interés en continuar viviendo con los privilegios debidos a la explotación capitalista; y es lo que sostienen los pequeño burgueses porque tienen interés en seguir viviendo como parásitos de la explotación de la clase proletaria; y es lo que sostienen los curas de todas las religiones porque viven de los prejuicios y de las creencias de las masas explotadas y desgarradas por la violencia económica y social del capitalismo; y es lo que sostienen los oportunistas y los colaboracionistas de cualquier color porque ambicionan ser protegidos por los poderes burgueses para no compartir la vida difícil y sacrificada de las masas proletarias golpeadas por la miseria, la desocupación, la desesperación y la muerte; y es lo que sostienen los intelectuales porque comparten los puntos centrales de la ideología burguesa: el individualismo, el personalismo... difundiendo a través de los medios de propaganda y de la cultura burguesa la ilusión de que la sociedad burguesa pueda ser mejorada y reformada sin abatir el poder político y sin modificar de arriba abajo su estructura económica y sus relaciones sociales.

Pero para el marxismo —que ha descubierto el misterio del beneficio capitalista en la explotación del trabajo asalariado (teoría del plusvalor), desvelando al mismo tiempo la cualidad de fetiche de la mercancía y la base de cualquier desarrollo social, político,

moral, ideológico, en la estructura económica de la sociedad— es la misma historia de las luchas entre las clases y el desarrollo económico agigantado del capitalismo el que llevará a la sociedad actual a un final histórico necesario: una crisis económica de sobre producción y una crisis social profunda, agravada por una guerra mundial más devastadora que las precedentes, de la cual la única vía de escape alternativa, para no recaer en un nuevo ciclo histórico de opresión y de violencia capitalista, es la revolución de la clase que no posee nada, que no tiene reservas, que sufre la esclavitud del trabajo asalariado ¡la clase proletaria!

Solo la lucha de clase proletaria por su propia emancipación de la esclavitud salarial, conducida con medios y métodos de clase, guiada por el partido político de clase que condensa las experiencias históricas de las revoluciones y de las contra revoluciones, puede integrar en su desarrollo también la lucha por la emancipación de las mujeres oprimidas de la opresión específica que las vuelve víctimas. No habrá emancipación de la mujer fuera de la emancipación de la clase proletaria en cuanto tal del capitalismo. La historia de las sociedades divididas en clases antagónicas y de la historia capitalista en particular, lo demuestra ampliamente.

Proletarias y proletarios tienen un objetivo común: defenderse de la opresión salarial y doméstica que se debe a las relaciones sociales de esta sociedad, uniéndose en una lucha que tiene por objetivo histórico la eliminación de toda opresión y de toda violencia en las relaciones sociales. Pero esta lucha no es de género masculino o femenino, es **de clase**, es del proletariado en su conjunto, que comienza sobre el terreno de la defensa de las condiciones de vida y de trabajo, pero que debe continuar, elevándose políticamente, sobre el terreno de la preparación revolucionaria, respondiendo mañana, cuando la lucha de clase madurará las condiciones del enfrentamiento revolucionario, a la organización con la organización, a la violencia con la violencia, a la esclavitud con el despedazamiento de las cadenas, a la guerra imperialista con la guerra civil. El mal social de la opresión de la mujer no se extirpa con una ley más, con un derecho formal más o con una reforma más: se extirpa sólo yendo a las raíces de la opresión, al modo de producción capitalista que está en la base de toda la sociedad actual, pasando necesariamente a través de una guerra de clase porque la burguesía no se dejará vencer sin combatir con toda la violencia de la cual es capaz. A su violencia hará falta responder con la misma violencia: es la misma clase burguesa la que lo ha mostrado en su revolución contra el feudalismo y contra el absolutismo. Sólo que la lucha del proletariado es la lucha de la gran mayoría de los seres humanos, hasta ahora impotentes por la minoría burguesa que usa su poder económico, político y militar en defensa exclusiva de sus intereses de clase y de sus privilegios sociales.

## Sobre la crisis prolongada de la clase proletaria y la posibilidad de remontarla

La lucha entre clases nunca muere.

Se dirá: ¡pero el proletariado, de 1.945 en adelante, no ha dejado nunca de batirse para mejorar sus condiciones de vida y de trabajo! ¡Luego no está completamente sometido!

Es cierto. De forma más o menos amplia, de manera más o menos episódica, el proletariado ha realizado huelgas, se ha batido con los patrones, contra la policía y el ejército, se ha manifestado, ha protestado, ha ejercido presiones incluso muy fuertes contra la patronal y sus gobiernos porque sus condiciones de vida y de trabajo mejorasen. Pero ¿qué organizaciones sindicales y políticas han dirigido estas luchas?

El colaboracionismo sindical y político, para ejercer su fuerte influencia sobre el proletariado, y por lo tanto para poder desarrollar su función de control social y de baluarte contra las reacciones subversivas de la lucha obrera nada más nacer estas, debe actuar como si representase efectivamente los intereses de los proletarios. Por lo tanto, en los diversos periodos económicos y sociales, de la postguerra a hoy, el colaboracionismo ha utilizado diversas tácticas.

Dado que el objetivo principal del colaboracionismo ha sido y es siempre el de hacer cargar al proletariado con la defensa de los intereses económicos y sociales de la burguesía—objetivo que se alcanzó durante la guerra imperialista con la participación del proletariado en ambos frentes burgueses—los bonzos sindicales y la *nomenklatura* política de los partidos nacional-comunistas, según las fases de los diversos ciclos capitalista, deben de vez en cuando modificar sus posiciones, sus consignas, sus objetivos y sus métodos. En la medida en la cual la clase dominante burguesa está dispuesta a hacer concesiones al proletariado—en función de un mayor consenso social, de una mayor participación en la defensa de la democracia y del orden constituido, de una mayor flexibilidad laboral—y tiene a su disposición una cuota de sus propios beneficios para jugar en el tablero de las transacciones, el colaboracionismo tiene más posibilidades de hacerse recibir por el proletariado como su representante y tiene por lo tanto más posibilidades de hacer pasar en las filas proletarias los sacrificios necesarios. **DO UT DES**, damos a los capitalistas aquello que quieren de nosotros a cambio de algunas ventajas económicas, legales, sociales. Es como decir: los sueldos están, los trabajadores quieren una parte, pero debemos compensar esta exigencia con «concesiones» a los capitalistas.

De este impostación, los proletarios conocerán todas sus implicaciones en la fase en la cual el capitalismo entra en crisis: los sueldos no están, no podemos

pretender una parte de ellos; debemos hacer más sacrificios hoy para que los capitalistas acumulen la cantidad suficiente de beneficios para que, al menos una pequeña parte, mañana sea posible repartírsela al proletariado.

Todo se hace depender de la disponibilidad que los capitalistas tengan para conceder al proletariado las mejoras económicas. La misma cosa tiene lugar a nivel estatal, en el campo de las «garantías sociales» como los varios automatismos que garantizan que el salario no se cobre en negro, las indemnizaciones, la sanidad, la nocividad, la seguridad en el trabajo, el puesto de trabajo, la liquidación. Poco a poco, pero de manera inexorable, la clase de los capitalistas—empujada por la competencia que se hace cada vez más aguda y más dura en todos los rincones del planeta—busca revertir todas las concesiones que en las décadas precedentes se han concedido a la clase proletaria. Cuanto más se agudiza la competencia, más se saturan los mercados, más baja la tasa media de beneficio capitalista y el capital en su loca carrera de reproducción y valorización entra en crisis.

Para combatir esta caída de la tasa media de beneficio y para defender más eficazmente sobre el mercado sus propias cuotas de capital, cada capitalista se ve empujado a actuar sobre dos frentes: sobre el frente de la productividad, gracias al aumento de la cual es posible ir al mercado con precios competitivos sin amorar el margen de beneficio, y sobre el frente del coste del trabajo—es decir, el capital variable, el capital-salarios—gracias a cuyo descenso el capitalista tiende a asegurarse en parte un cierto margen de beneficio más allá de cómo pueda realizarlo con la venta de todas (o una parte de ellas) sus mercancías en el mercado.

¿Cómo interpreta el colaboracionismo esta exigencia de la burguesía?

La interpreta con la política de los sacrificios que los proletarios **deben** realizar, so pena de la pérdida del puesto de trabajo (y por lo tanto del salario) a causa de las reestructuraciones empresariales o de las quiebras. La interpreta con la política de cada vez mayor flexibilidad de la mano de obra, so pena de la marginación respecto del mundo del trabajo y la desesperación del paro.

En periodos de crisis económica, no sólo los sacrificios, para el colaboracionismo, son «inevitables», sino que constituyen la prioridad absoluta. El proletariado, de «proveedor de mano de obra», en «vendedor de fuerza de trabajo» estable, se convierte en un abastecedor de sacrificios, de trabajo gratuito, un precario que no posee nada en busca de patrón. Las luchas

obreras guiadas por las fuerzas del colaboracionismo sindical cobran un cariz diferente: de luchas que tienen por objetivo aumentos de salarios y disminuciones del horario de trabajo, aún siempre embridadas en el contexto de la participación de los sindicatos en las decisiones empresariales en términos de inversiones, innovaciones tecnológicas, etc. se pasa a luchas que tienen como objetivos la defensa de la competitividad de las empresas, el aumento de la productividad, la relación cada vez más estrecha entre salario y enfermedad, asistencia a la fábrica, productividad. Sobre el plano político más general, el colaboracionismo abraza cada vez de manera más declarada la causa de la buena marcha de la economía nacional, de la competitividad del capitalismo nacional, de los intereses del imperialismo nacional en el mundo. Los partidos nacional-comunistas se vuelven cada vez más partidos de gobierno, aún si sólo ejercen de oposición parlamentaria. Al mismo tiempo, con el aumento de la competencia entre burgueses sobre el mercado nacional e internacional, aumentan las intervenciones patronales y estatales para alimentar y ampliar cada vez más la competencia entre proletarios.

La fase cambia. La burguesía, ante la mayor crisis capitalista de la postguerra—estamos en 1.975—corre a reparar los desperfectos. Empalma una serie interminable de medidas anti proletarias del todo inesperadas por los proletarios (por otro lado el colaboracionismo no tenía la tarea de preparar a los proletarios para la lucha, más dura en la medida en la cual el ataque de la burguesía era más duro), y pasa al colaboracionismo político y sindical la tarea de hacer digerir, en no mucho tiempo, la situación al proletariado. Y esto es exactamente lo que el colaboracionismo hará. El proletariado, por su parte, perdida la tradición de la lucha clasista y conducido por las fuerzas del oportunismo primero y del colaboracionismo después a abrazar la causa burguesa tanto sobre el terreno político como sobre el terreno económico y sindical, no logra ofrecer una resistencia digna de este nombre a los ataques patronales. Sus luchas, sus manifestaciones en la calle, sus piquetes de huelga, su esfuerzo por reaccionar no logran la reanudación de la lucha clasista y sus tentativas de organización al margen de los aparatos sindicales tricolores<sup>1</sup> son sistemáticamente desviadas y rotas por las fuerzas del nuevo oportunismo de izquierda, hijo del movimiento del '68, ya se trate de grupos como Lotta Continua, Avanguardia Operaia, Servire il Popolo, Potere Operaio o por las Brigadas Rojas<sup>2</sup>. Los grupos

(sigue en la pág. 8)

## Sobre la crisis...

(viene de pág. 7)

proletarios más combativos, en su tentativa de desvincularse de la tenaza del colaboracionismo de los partidos nacional-comunistas y de los sindicatos tricolores, acabaron antes o después en las redes de los extra parlamentarios de izquierda que cumplieron objetivamente la función de destruir la combatividad clasista para reconducirla sobre el terreno de la democracia y del parlamentarismo. Y cuando, de las mismas luchas obreras y de su sistemática represión, en la cual participaban indirectamente los sindicatos tricolores y los partidos ex estalinistas, grupos proletarios adquirían la conciencia de que la lucha de clase no puede no prever incluso el uso de la violencia por la necesidad de defender los organismos clasistas y sus militantes, se encontraron con las Brigadas Rojas y los grupos lucharmadistas similares que cumplieron la función de desviar la tensión clasista, que estaba emergiendo, en el círculo vicioso del terrorismo individualista. Del **otoño caliente**<sup>3</sup> de 1.969 a la huelga salvaje de 35 días de la FIAT en 1.980<sup>4</sup>, los proletarios intentaron ganar el terreno de la lucha de clase, pero finalmente sufrieron una derrota.

Desde entonces, la burguesía aceleró

e intensificó sus ataques. Y se abrió más fácilmente la vía a poner en discusión todas, una después de otra, las concesiones precedentes. Así, después de la escalamóvil, fue el puesto de trabajo el que sufrió la más vasta erosión. Pero para obtener el resultado más eficaz sobre este plano, la burguesía debía volver lo más aguda posible la competencia entre los proletarios. El instrumento económico era el más fácil de usar: la burguesía siempre lo ha usado. El instrumento social era un poco más complicado. Y aquí se muestra de la manera más evidente el connubio entre Estado y colaboracionismo. El Estado, en calidad de Comité de defensa de los intereses burgueses, debía proceder a legislar en esta dirección (reforma sanitaria, de las pensiones, cambio del Estatuto de los Trabajadores, defensa de los patronos que despiden, etc.). Las fuerzas del colaboracionismo debían difundir entre los proletarios la más aguda competencia como si fuese una necesidad temporal, uno de los sacrificios para poder asegurarse siquiera un salario miserable.

De hecho, otra prioridad en las funciones sociales del colaboracionismo se refiere precisamente a este punto, a la competencia entre proletarios.

No sólo miles de cualificaciones diversas, decenas y decenas de conceptos salariales incomprensibles, miles de recovecos a través de los cuales los proletarios no entienden cuánto salario les es sustraído y por qué motivo; no sólo diferencias sustanciales entre categorías, no sólo grandes distancias salariales entre norte y sur, no sólo diferencias sustanciales entre trabajadores autóctonos e inmigrantes: la competencia entre proletarios toca cada vez más a toda la clase, a nivel de edad, sexo, resistencia a los ritmos del trabajo, de capacidad de adaptación a los cambios continuos, de disponibilidad para la movilidad y la flexibilidad. El objetivo de los capitalistas es aquel de tener siempre las manos libres en lo que respecta a la fuerza de trabajo, empleando cantidades superiores cuando las ocasiones del mercado lo requieren y cantidades inferiores cuando el mercado se cierra (como lo demuestra el avance del trabajo en interinidad) Y el tema que siempre se presenta con la mayor fuerza es el de la precariedad. En la caída de las diferentes «garantías» que para los proletarios comenzó hace 35-40 años, también el puesto de trabajo «fijo» debía sufrir la misma suerte. Después de los golpes recibidos por el salario y por los horarios de trabajo, debía desaparecer para la gran mayoría de los proletarios la «garantía» del puesto de trabajo. Y desapareció.

Cierto, esto no significa que todos los proletarios, del primero al último, no puedan contar con alguna «garantía», con algún amortiguador social. Por ejemplo, entre aquellos que pueden todavía contar con un cierto número de

«garantías» están los trabajadores de más edad, cercanos a la jubilación, para los cuales la burguesía adopta el método de dejarles ir de las fábricas y de las empresas sin mucho jaleo y esto porque se van sin realizar huelgas y luchas en las cuales involucrar a los más jóvenes que de hecho no tienen ninguna memoria de luchas, de cómo comportarse en las luchas y de qué cosa esperar de ellas. Los obreros más viejos tienen el recuerdo de las luchas del decenio que va desde 1.969 a 1.980, y podrían sentirse movidos a transmitir la experiencia, en lo que respecta al punto de vista clasista, a sus compañeros de trabajo más jóvenes. Una vez echados de la fábrica los viejos, quedan sólo los jóvenes, más inexpertos y en cualquier caso ya con condiciones peores. Para el colaboracionismo esto es una ventaja porque se trata de una clase obrera mucho más maleable.

Y esto también forma parte del empeoramiento generalizado de las condiciones no sólo de vida y económicas, sino también de lucha, del proletariado.

Pero la crisis capitalista, que en el periodo imperialista es crisis siempre de sobreproducción—es decir los mercados se saturan a causa de la enorme cantidad de mercancías que se lanzan a ellos—por aguda que sea, no anula otro fenómeno que caracteriza las relaciones de fuerza entre burguesía y proletariado: el fenómeno de la aristocracia obrera. Fenómeno ya conocido en los tiempos de Marx y Engels, la aristocracia obrera está constituida por aquellos estratos obreros que son deliberadamente privilegiados por la burguesía respecto al resto de estratos proletarios: y estos privilegios constituyen la base material del oportunismo y del colaboracionismo. Es uno de los modos de realizar la competencia entre proletarios y la división de la clase obrera en general.

Con el desarrollo del capitalismo y de los recursos puestos a su disposición, estos estratos de aristocracia obrera tienden a ampliarse porque, recurrentemente, existen estratos de la pequeña burguesía a los que la competencia del mercado coloca en crisis, proletariándolos. La aristocracia obrera es aquella parte del proletariado que es más sensible al reclamo del interclasismo, que comparte el sentido de «pertener» a la sociedad burguesa de la cual recibe sus privilegios, que está dispuesta a defender la democracia, la economía capitalista, la competitividad de las empresas en las cuales trabaja, la patria que le asegura más que las otras la defensa de sus privilegios. Es la parte normalmente más instruida de la clase obrera, pero no por ello la parte más avanzada, sino todo lo contrario. Constituye la **parte más retrasada y reaccionaria de la clase obrera**, la parte que viene representada efectivamente por el sindicalismo tricolor y que asume la tarea social de influenciar directamente a los estratos proletarios en un sentido

### «el programa comunista»

Nº51, Abril de 2015

- El capitalismo mundial en la antecámara de una nueva crisis
- El partido comunista de Italia frente a la ofensiva fascista (1921-1924) - (Fin) (Informe a la Reunión General del Partido en Florencia - del 30 de abril al 1º de mayo de 1967)
- Notas de lectura: Italia 1919-1920. Los dos años rojos, o cómo 'Lutte Ouvrière' reescribe la historia
- Notas de lectura: «Bordiga más allá del mito». El valor y los límites de una experiencia revolucionaria
- Pequeño diccionario de clavos revisionistas. Activismo.
- Tesis sobre la «cuestión china» (1964).
- Tesis y Adiciones sobre los Problemas Nacional y Colonial. Tesis suplementarias sobre la cuestión nacional y colonial. II Congreso de la Internacional Comunista. Moscú, julio 1920).

#### REVISTA TEÓRICA

**Precio del ejemplar:** 3 €.; América latina: US \$ 1.5; USA y Cdn: US\$ 3; £ 2; 8 FS; 25 Krs. **Precio solidario:** 6 €; América latina: US\$ 3; USA y Cdn.: US\$ 6; 6 £; 16 FS; 50 Krs. **Suscripción:** el precio de 4 ejemplares.

colaboracionista. Si una de las funciones asumidas por el colaboracionismo es la de hacer de policías «obreros», vestidos de obreros y que viven y trabajan entre los obreros, esta función se desarrolla precisamente por los estratos de la aristocracia obrera que se hacen cargo de la defensa del orden constituido, de la jerarquía empresarial y, obviamente, sindical, de la legalidad y de la paz social. La aristocracia obrera, precisamente por sus posiciones sociales y por la dependencia que mantiene con los privilegios que recibe de la sociedad burguesa, absorbe con gran velocidad todos los prejuicios característicos de la pequeña burguesía, prejuicios que desembocan en el racismo, en las supersticiones, en la opresión femenina, en la violencia en la calle y en los estadios y, naturalmente, todos los prejuicios ligados al democratismo, al legalismo, al patriotismo, al nacionalismo.

La burguesía, por cuanto puede caer en las crisis económicas, tendrá siempre los recursos para forjar estos estratos de aristocracia obrera que le son preciosos para el control del proletariado desde el interior mismo de la clase proletaria.

### Notas:

1. Por sindicatos tricolores se entiende, en Francia, Italia, y Alemania, pero es válido para todos los países del capitalismo avanzado, aquellas organizaciones sindicales que colocan la defensa de la economía nacional en lugar de la lucha de clases proletaria. Frente a la bandera roja de los sindicatos clasistas históricos, la bandera tricolor, nacional, de la burguesía. De hecho en Italia la gran central sindical, reconstruida tras la II Guerra Mundial ya como sindicato tricolor, pasó de llamarse Confederación General del Trabajo a Confederación General Italiana del Trabajo, tricolor por lo tanto hasta en el nombre.

2. *Lotta Continua, Avanguardia Operaia, Servire il Popolo, Potere Operaio, Autonomia Operaia*, por citar los más conocidos, son grupos de extrema izquierda italianos aparecidos al calor de las luchas del periodo 1.969-1.980 como opciones políticas a la izquierda del P. C. Italiano. De diferentes orientaciones que van desde el espontaneísmo al estalinismo y al maoísmo, pueden equipararse a algunas organizaciones españolas como el Partido del Trabajo, la Organización Revolucionaria de los Trabajadores, etc. con la salvedad de las Brigadas Rojas. Esta organización dedicada a la lucha armada guarda notables diferencias con ETA o Terra Lliure por el carácter nacionalista de estas y con los GRAPO o el FRAP por sus orígenes e implantación. Otros grupos como los Comandos Autónomos Anticapitalistas tampoco le son asimilables, si bien las posiciones lucharmadistas tal y como son expuestas en este texto son comunes a todas. Ver, sobre el problema del lucharmadismo, *El terrorismo y el difícil camino de la reanudación general de la lucha de clase* en *El Programa Comunista* n° 30 (marzo de 1.979). El texto se encuentra disponible escribiendo a la dirección de este periódico.

3. Como Otoño Caliente se conoce en Italia al periodo que se desarrolla en este país desde el otoño de 1.969 y que está marcado por las fortísimas luchas sindicales llevadas a cabo en él. En este periodo, se presenta en Italia una situación de gran tensión social provocado tanto por los efectos de la crisis de 1.967-68 como por la acción de un patronato que intenta poner «orden» en los lugares de trabajo reclamando a los sindicatos oficiales su papel de controladores de la masa operaria. El «Estatuto de los Trabajadores», ley de 1.970, que los sindicatos oficiales lograron obtener con la cooperación del gobierno y de la patronal, en su reglamentación de los derechos y de los deberes de los obreros en las fábricas, se presenta como una conquista de aquel periodo de luchas obreras. En verdad, mientras de un lado regula la gestión de los «amortiguadores sociales» por parte del patronato, de los sindicatos y del gobierno, dando algunos beneficios a las condiciones obreras, delimita aún más el papel de perros guardianes de los sindicatos tricolores en vista de un periodo de crisis aún peor. Se avecinaba, de hecho, 1.973 (la crisis mundial del petróleo) y 1.975 (la crisis económica en todos los países capitalistas avanzados). Gracias a los efectos de esta crisis y a la obra complaciente de los sindicatos tricolores y de los partidos «obreros» burgueses, la burguesía italiana podrá comenzar a dismantelar el edificio de amortiguadores sociales y los «derechos» formalmente reconocidos a los obreros y a los proletarios en general (en la fábrica y en el terreno social) de manera que obliga a plegarse cada vez más a las masas proletarias a las exigencias del capitalismo, adecuándose a las diversas oscilaciones del mercado de las mercancías, de los capitales y del trabajo.

4. Septiembre de 1.980: después de un largo periodo en el cual la FIAT atacaba las condiciones de trabajo y de vida de los obreros, con los subsidios de desempleo, multas por cada pequeña falta, suspensiones, intimidaciones y después de que un año antes despidiese a 61 obreros de sus establecimientos (los obreros politizados que molestaban más porque soliviantaban y organizaban a los obreros en sus secciones para la lucha), mientras anunciaba el despido de 14.500 trabajadores, estalló la primera de tantas huelgas espontáneas que confluyeron en una gran huelga de los diferentes establecimientos de FIAT en Turín –comenzando por el de Mirafiori- y su provincia, pero también en Cassino, Terminilmerese, Modena, Brescia, Milán, etc. Este movimiento de huelga asustó notablemente a la clase dirigente de FIAT, porque era una tradición en Italia que la lucha en la FIAT constituyese un ejemplo para la lucha de los obreros de todo el sector del metal y de otros sectores productivos. La patronal, el gobierno, los sindicatos y los partidos se agarraron fuertemente las manos los unos a los otros, cada uno jugando su propio papel, para limitar, aislar y sofocar la lucha en FIAT, lucha que reclamaba los acuerdos de la lucha de los obreros de los astilleros de Danzig (Polonia) que tuvo lugar en agosto del mismo año y que había dado una señal, en cierto sentido, a los proletarios de los otros países: se podía osar y obtener resultados contra regímenes para nada democráticos luego más aún en países en los cuales la legalidad democrática existía desde hacía tiempo.

Naturalmente los sindicatos tricolores hicieron de todo para desnaturalizar el movimiento espontáneo de los obreros de FIAT, encerrándolo en las fábricas y usando continuamente el arma de la exclusividad en las negociaciones y en los tratos con la patronal y el gobierno, el arma de la «cobertura legal» de la huelga, colocando así a los obreros que no seguían las indicaciones de los sindicatos oficiales en situación más desfavorable respecto a la «justicia burguesa». El mismo PCI, entonces dirigido por Berlinguer, trató de utilizar la ola de rabia proletaria llevando a la fábrica su propia «solidaridad» pero concertando con los sindicatos oficiales, con el gobierno y con la FIAT para que se encontrase una vía más piadosa para salvar la productividad de la fábrica: los 14.500 despidos se transformaron en Cassa Integrazione, que es una institución laboral italiana que garantiza un subsidio a los obreros acogidos a ella, (pero para 24.000 obreros), en los acuerdos la FIAT obtuvo la posibilidad de aplicar medidas mucho más duras hacia los obreros «absentistas» o que no se sometían a un régimen de fábrica mucho más duro, pero los 61 despidos del año precedente no fueron readmitidos.

Contra el movimiento de huelga, la FIAT y los sindicatos patronales, sin que CGIL, CISL y UIL saliesen en defensa del movimiento de huelga de los obreros, organizaron en Turín, el 14 de octubre, una manifestación de los llamados «cuellos blancos» (empleados, cuadros de la empresa, dirigentes) que los medios de la época llamaron la «Marcha de los 40.000» (en realidad 12.000 cuellos blancos de la FIAT se colocaron tras los comerciantes y pequeño burgueses de todo tipo, pero no llegaron a 40.000); esta manifestación pedía volver «a trabajar» y llevar «orden» a las fábricas y a la ciudad. CGIL, CISL y UIL, frente a esta manifestación, declararon la «derrota» del movimiento obrero y procuraron cerrar «el litigio» obteniendo «algo» para los obreros. Pero los obreros, no obstante los golpes sufridos, el aislamiento y los continuos engaños por parte de los sindicatos oficiales en las negociaciones con la FIAT y el gobierno, resistieron. En las asambleas de fábrica del 16 de octubre, si bien los obreros votaron en contra del acuerdo presentado por los sindicatos y a favor de la continuación de la lucha, los bonzos sindicales salieron declarando que los obreros habían votado sí al acuerdo «en su gran mayoría».

El movimiento de huelga de la FIAT, traicionado por todos sus representantes oficiales –en primer lugar por CGIL, CISL, UIL y el PCI- termina con el desconsuelo generalizado. Gracias a los sindicatos colaboracionistas y el partido que se refería aún comunista, la FIAT vence fácilmente una batalla que podría haber hecho renacer en la clase obrera vigor y combatividad dedicados exclusivamente a la defensa de sus intereses de clase. Esto no sucedió y, a la obra devastadora del oportunismo estalinista y empresarial, se unió la obra de muchos grupos a la izquierda del PCI y de la CGIL (como Lotta Continua, Avanguardia Operaia, Autonomia Operaia, etc.) prisioneros del democratismo más impotente cuando no fascinados por la actividad de los grupos lucha armadistas y por lo tanto incapaces tanto sobre el plano organizativo de las franjas obreras más combativas como sobre el plano político precisamente por su congénita fe en la democracia.

## No a la intervención española en Siria

Después de los atentados de París, una nueva coalición de países se dispone a atacar Siria para, según ellos, poner fin al terrorismo y acabar con la amenaza que se cierne sobre Occidente. Las imágenes de los restaurantes y la sala de conciertos atacados por los yihadistas son repetidas hasta la extenuación junto con otras en las que aparecen soldados del Estado Islámico haciendo alarde de su potencial militar en las regiones de Siria e Irak que dominan. Con ello, la burguesía de todos los países llama a la población a prepararse ante una amenaza que se pretende a las puertas de Europa una vez ha tomado fuerza en el Medio Oriente. Y para preparar esta nueva guerra, sobre todo, se llama al proletariado a secundar unánimemente los planes militares que las principales potencias llevan diseñando desde hace años.

La Unión Sagrada, la defensa de la «patria en peligro» por parte del proletariado, vuelve a ser invocada, una vez más, para refrendar la guerra imperialista en una zona que, precisamente debido a la lucha entre potencias imperialistas rivales, se ha vuelto un verdadero polvorín. Cientos de miles de refugiados, ciudades enteras arrasadas y decenas de miles de muertos a lo largo de Siria, Irak o Afganistán, son el resultado de la política exterior de las civilizadísimas burguesías europeas y americanas. El Medio Oriente es una región de vital importancia tanto por su valor puramente comercial (fuente de codiciadísimas materias primas) como por su valor geoestratégico, determinado por los cada vez más intensos desequilibrios que sufre el reparto del mundo fijado por parte de las diferentes potencias imperialistas. La guerra constituye el corazón y el nervio del capitalismo, es la linfa vital que fortalece su cuerpo: la lucha por el control de los mercados de los cuales extraer los recursos necesarios para la producción o en los cuales colocar los productos de los principales centros económicos ha acompañado a la sociedad burguesa desde los inicios de su tiempo en la historia. Pero también, y sobre todo, la misma inversión en la industria bélica, vivificador imprescindible para los momentos en los que las crisis económicas hacen languidecer la tasa de beneficios necesaria: a través de ella se valoriza el capital sobrante, verdadera causa de las crisis de sobreproducción que asolan periódicamente el mundo, y a través de ella se pueden destruir en masa los medios de

producción inútiles, dando con esta destrucción paso a una nueva fase de alza en la producción en la cual la ganancia se multiplica bajo la forma de infraestructuras, industrias y bienes de equipo que será necesario volver a poner en marcha. Bajo la guerra imperialista, sea cual sea el manto democrático, pacifista o humanitario con que se cubra, siempre late la imperiosa necesidad de restituir los niveles de la tasa de ganancia.

En Siria se libra una guerra desde hace varios años: desde el momento en que Francia, Estados Unidos y Rusia, principalmente, intervinieron en las revueltas anti Assad (a favor de estas, en el caso de los primeros, en contra en el caso de Rusia) para garantizar su posición en una región tan importante del mundo, el conflicto armado ha sido sostenido deliberadamente y la aparición de grupos como el Estado Islámico son la consecuencia del desequilibrio entre las fuerzas contendientes. Este desequilibrio ha dado lugar a nuevas y precipitadas alianzas, como la que EE.UU. mantiene ahora con su viejo archienemigo Irán. Ha dado lugar, también, a la entrada en escena de actores que, durante largo tiempo, a la sombra de la aparente estabilidad de regímenes asentados como el de Bachar Al Assad, han aumentado sus pretensiones de dominio sobre la región, como es el caso de Turquía y Arabia Saudita, valedores en un primer momento de la oposición islamista local y de las facciones burguesas interesadas en mejorar su posición respecto al comercio de petróleo en la región. Así, los elementos locales que ayer eran considerados enemigos acérrimos de la civilización y la libertad, como el Irán de los ayatolás, pasan hoy a ser aliados legítimos porque se necesita su fuerza militar. De la misma manera que se ha visto a «verdaderos garantes de la paz», como la Turquía que lleva décadas masacrando a la población kurda de su territorio, favorecer abiertamente a los yihadistas del ISIS. Paz, libertad o humanidad, son palabras terribles en boca de la burguesía porque detrás de ellas siempre esconde su necesidad vital de imponer un régimen de terror y de guerra permanente sobre zonas cada vez más amplias del mundo. Los yihadistas de ISIS no son más terroristas que las burguesías de Irán, Siria o Francia que han sembrado de cadáveres el Medio Oriente en nombre del Islam o de la Fraternité. Si ISIS ha llegado a mostrar la cara sanguinaria que hoy se reproduce en los medios de

comunicación de todo el mundo, a modo de propaganda bélica, por parte de sus rivales burgueses, es porque el terror ya había sido impuesto en esa parte del globo desde la época de la colonización francesa e inglesa. El discurso sobre paz y terror o libertad y tiranía sólo trata de esconder que la guerra llama a la guerra y que son ejércitos idénticos en lo que se refiere a su naturaleza al servicio de la burguesía, aunque no en igualdad de condiciones, los que se enfrentan.

Hoy la guerra llega a los confines de Europa. Los atentados de París muestran cómo las guerras periféricas que las principales potencias imperialistas han librado desde el final de la II Guerra Mundial en regiones remotas del mundo, se acercan cada vez más al corazón de esas potencias. Las burguesías de todos los países lo saben perfectamente porque, a lo largo del siglo XX, han sido dos guerras mundiales, además de innumerables conflictos de menor intensidad, los que han librado. Conocen, por tanto, que estos actos de guerra, si bien no van a desencadenar inmediatamente un enfrentamiento que le lleve a movilizar todo su potencial militar, político e ideológico, sí que le exige imponer al proletariado la plena adhesión a sus exigencias para, llegado el momento, poder movilizarle en su nombre. Por eso libra, en primer lugar, la batalla en defensa de la democracia, de la libertad amenazada, de la civilización sobre la barbarie. Y la libra contra el proletariado al que en nombre de estas falacias se obliga a aceptar la sumisión absoluta a los intereses de la burguesía. En las últimas semanas, además de la campaña propagandística a gran escala acerca de porqué es necesario invadir Siria, se ha asistido a un espectacular despliegue de ejército, policía y demás servicios de seguridad del Estado en varias capitales europeas. Especialmente en Bruselas, donde durante días la ciudad ha estado completamente militarizada, se han producido verdaderos asaltos militares a barrios proletarios en busca de sospechosos, detenciones masivas (con sólo un acusado finalmente) y un control estricto y riguroso sobre la población: se trata a la vez de un ensayo y de una demostración del futuro que espera al proletariado europeo y americano, de la guerra que su burguesía librará contra él para garantizar, junto con la aplicación de los más exquisitos métodos democráticos de la Unión Sagrada, su sometimiento. Resulta

clarificador el hecho de que, en la misma Bruselas, mientras que comercios y calles eran controlados por el ejército, los autobuses que hacen el trayecto de los barrios obreros al centro y de allí a los polígonos industriales, siguiesen funcionando: ¡el interés nacional también exige que los proletarios puedan ser llevados a sus centros de trabajo!

La burguesía española, a través de todos sus voceros de izquierdas o de derechas, repite sin cesar que aunque en esta ocasión se ha atacado a Francia, España podría perfectamente ser el siguiente objetivo. Y que por lo tanto, también aquí, es necesario prepararse para afrontar la llamada lucha anti yihadista en toda su extensión. Como primer paso es prácticamente seguro que, salvado el periodo electoral, el ejército español será enviado como parte de la alianza anti yihadista a apoyar las operaciones francesas en Siria. Las fuerzas armadas españolas no poseen ni la mitad de la capacidad operativa que las francesas, que son las quintas del mundo en efectivos y cuentan con una gran experiencia en el extranjero, pero serán requeridas como parte de un frente político en el que la burguesía española tiene gran interés para afianzar su posición en el mundo, para defender un reparto de la influencia en este que garantizan las condiciones para que su capital pueda exportarse tanto a África como a Oriente Medio (donde empresas de infraestructuras como FCC tienen importantes contratos) y competir con ventaja. España intervendrá en Siria, bien directamente o, muy posiblemente, dando cobertura en otra regiones al ejército francés que así podrá redoblar su presencia en este país. Y lo hará para defender los intereses del capital español, que a su vez pasan por garantizar el dominio de sus socios comerciales en esta región del planeta. La guerra democrática contra el yihadismo tendrá, también en este caso, causas bien distintas de las que sus defensores argumentan.

Junto con la intervención española en la alianza anti yihadista vendrán las consabidas consignas, que ya se han usado y se usan en casos como el de Afganistán, Irak, República Centroafricana, Somalia, etc. El rey, Jefe de Estado y por lo tanto presidente del consejo de administración de los intereses comunes de la burguesía, lo ha dicho claramente: España necesita unidad para afrontar esta guerra. Unidad que pasa porque el proletariado acepte sin dudar la adhesión a la campaña militar, a la defensa de las exigencias burguesas y a la paz social que estas requieren. Unidad que es una repetición a escala

de la sumisión que, todos los días y en todas partes, se exige a los proletarios: en el puesto de trabajo se les exige que se sometan a los despidos para asegurar la viabilidad de la empresa, en todo el país se les exige que acepten las medidas anti obreras de los diferentes gobiernos para que la economía nacional reflote, fuera del país, en fin, que acepten apoyar las aventuras imperialistas de la burguesía. Esta unidad también en España constituye un ensayo de la movilización del proletariado que prepara futuras sacudidas sociales. A medida en que las tensiones interimperialistas crezcan, a medida que la crisis económica muestre que su única solución es una nueva carnicería mundial, se obligará al proletariado a aceptar condiciones de existencia cada vez peores, a aceptar la militarización de manera similar a lo ocurrido estos días en Bélgica... Y todo ello para defender los intereses de la burguesía que hoy se juegan en Siria y mañana en cualquier otra parte del mundo con cualquier otra excusa democrática y pacifista.

Para prepararse para el futuro seguro que le espera, para luchar contra su utilización como carne de cañón al servicio de los intereses de la burguesía mañana como para luchar contra el aumento de la explotación que sufre ya hoy, el proletariado debe desoír los llamados a la unidad nacional, a la guerra en defensa de la democracia. El principal enemigo del proletariado está en casa, es su propia burguesía. La burguesía que en tiempos de paz le explota en los centros de trabajo en nombre de los intereses de la economía nacional y que en tiempos de guerra le exigirá defender con el uniforme de soldado esta economía nacional fuera de sus fronteras. Pero luchar tanto contra las guerras imperialistas de la burguesía como contra los intereses de esta dentro del país, implica luchar también contra las corrientes supuestamente obreras que defienden un capitalismo pacífico y un Estado neutral en los asuntos exteriores. Este es el enemigo más inmediato de la clase proletaria porque le ata a la defensa directa de la democracia como único medio para «parar la guerra» y le lleva a defender un equilibrio imposible en el que el capitalismo no explote a los proletarios, no bombardee ciudades y no invada países. El no a la guerra de este oportunismo político y sindical ha sido, siempre, incapaz de poner freno a las guerras, pero ha sido muy capaz de hacer confiar a los proletarios en que un cambio de gobierno, una protesta institucional o cualquier gesto simbólico constituían toda la lucha posible para él. Las guerras

imperialistas, de Irak ayer a Siria hoy, han continuado y todas las consignas democráticas de los partidos llamados obreros y de sus seguidores de la extrema izquierda únicamente han contribuido a encadenar al proletariado a su burguesía.

Para la burguesía la guerra es un asunto estrictamente económico y político: con ella defiende sus intereses en cualquier parte del mundo, dentro y fuera de sus fronteras, y para ello exige al proletariado una sumisión absoluta a estos. Para acabar con las guerras que estallan periódicamente el proletariado debe ocupar el terreno de la lucha de clase, debe romper con la política colaboracionista a la que lleva décadas atado, esto es, debe luchar contra su propia burguesía, contra los intereses de esta en cualquier parte del mundo y contra la movilización bélica que realiza en su defensa. Por ello las posiciones del proletariado frente a la guerra imperialista no pasan ni por el pacifismo, ni por la defensa de la democracia ni por la lucha por la civilización, que son precisamente los argumentos que esgrime la burguesía en sus aventuras militares. Las posiciones del proletariado frente a la guerra imperialista son el derrotismo revolucionario y el internacionalismo: luchar contra la burguesía nacional como primer enemigo y reconocer a los proletarios de todos los países como sus hermanos de clase, más allá de cualquier división de raza o religión. Esto comienza por la defensa de sus intereses de clase en el terreno inmediato, luchando contra la explotación que sufre en nombre de los intereses de la economía nacional, a través de medios y métodos clasistas que no reparan en respetar los cauces democráticos del diálogo entre patrones y obreros. Esta guerra de guerrillas cotidiana contra las imposiciones anti obreras de la burguesía, que merman cada vez más sus condiciones de existencia, es la escuela de la guerra de clases en la que el proletariado se preparará para una lucha de mayor alcance y está animada por el mismo espíritu de enfrentamiento intransigente que le debe mover a la lucha política contra el Estado burgués. Porque el proletariado sólo podrá poner fin a las carnicerías imperialistas cuando liquide a la clase que las promueve y para ello acabe con su instrumento de dominio político, con su Estado, e imponga su dictadura de clase, llamada a extirpar definitivamente la miseria, la explotación y la guerra acabando con el capitalismo.

## Huelga de los trabajadores de TMB: el ayuntamiento de Colau muestra su verdadera cara anti obrera

Los días 22, 23, 24 y 25 de febrero están convocadas huelgas y paros en los transportes urbanos de Barcelona dependientes de TMB, empresa municipal, y de la red de cercanías coincidiendo con la celebración en la capital catalana del World Mobile Congress, feria internacional de la telefonía móvil que espera convocar a 95.000 asistentes según la prensa especializada. Si bien las convocatorias no rompen con la dinámica habitual de las huelgas legales y sometidas al arbitraje público, con la aceptación de un 50% de servicios mínimos en hora punta para Metro de Barcelona y con la convocatoria, para los autobuses, sólo de 2 horas de paro por turno, el daño más que previsible que se realizará al gran escaparate empresarial que Barcelona tiene previsto organizar estos días en sus calles, ha puesto en alerta a patronal, gobierno autonómico y consistorio municipal, que piensan emplear toda su fuerza para vencer a los trabajadores. De entre todos ellos la alcaldesa Ada Colau ya se ha destacado por encabezar esta reacción mostrando la verdadera naturaleza de su gobierno y de su partido, siempre en contra de cualquier alteración de la paz social, por mínima que esta sea, y siempre en defensa de los intereses de la burguesía local.

El World Mobile Congress es una de las iniciativas con que la burguesía catalana, firmemente apoyada por todos los ámbitos gubernamentales (del central español al último ayuntamiento de la periferia barcelonesa), pretende revitalizar la economía local, duramente dañada por la crisis capitalista. Se trata de continuar en la línea de la reconversión de la ciudad en una gran feria comercial continua que atraiga inversores de manera permanente de la misma manera que la reestructuración del puerto y el auge de la industria hotelera han llenado las calles de cientos de miles de turistas. Los proletarios de Barcelona, aquellos que no participan del boom urbanístico y comercial, que no tienen negocios para turistas, que no van a ver crecer sus negocios con las inversiones de las empresas de telefonía móvil, saben perfectamente cuáles son las consecuencias de esta política: aumento sistemático de los precios, expulsión de las clases populares a la periferia extrema de la ciudad, aumento desmesurado de la presencia policial, etc. El WMC, señora barcelonesa para atraer la inversión internacional, se realiza en cualquier caso contra el proletariado barcelonés, sobre cuyas espaldas caen sus cargas, y el Ayuntamiento de Ada Colau cumple con la misión de que esto se realice sin trabas. Por su parte los trabajadores de TMB llevan meses exigiendo el fin de la

congelación salarial. Sus exigencias básicas son el aumento de 150 euros mensuales el próximo año y de otros 150 el siguiente además de que se hagan 600 nuevos contratos fijos en la empresa. Por su parte la patronal propone una subida salarial mucho menor, del 1% anual, y tan solo 265 contratos. Otra cuestión que genera tensión entre los trabajadores, según se ha manifestado en algunas de las asambleas realizadas por estos, es el hecho de que durante estos años el sueldo de los directivos puestos a dedo por el Ayuntamiento ha subido aproximadamente un 14%, cosa que para la patronal es necesaria para evitar que estos “valiosos” gestores no se marchen a empresas privadas.

El Ayuntamiento dirigido por Ada Colau, líder del partido Barcelona En Comú que ganó las últimas elecciones municipales sobre la corriente del famoso “cambio”, ha intervenido activamente en la negociación durante los últimos días. Comenzó la alcaldesa afirmando que “Todo el mundo sabe que una huelga es incompatible con una mesa de negociación”, para continuar después aireando las supuestas nóminas estratosféricas de los empleados de TMB como manera de presentarles bajo el famoso sambenito de privilegiados, sin olvidarse del recurrente argumento de la patronal según el cual “hay un marco presupuestario limitado y si aceptásemos la propuesta estaríamos comprometiendo la calidad del servicio público, deberíamos empeorar el servicio, aumentar las tarifas o subir los impuestos”. De parte de quién está el Ayuntamiento “del cambio”, es algo evidente y parece que los trabajadores de TMB tenían razón cuando en su manifestación del día 22 coreaban “nos la ha colao, Colau”.

La huelga de los trabajadores de TMB no es muy diferente de tantas otras huelgas y paros laborales convocados a lo largo de los últimos años: respeto escrupuloso de una legalidad que vuelve completamente inefectivas las luchas aceptando la regulación del Estado, los servicios mínimos que sólo permiten a la mitad de los trabajadores participar en la huelga, preaviso que permite a la patronal organizarse para resistir en las mejores condiciones posibles... Pero su gran punto fuerte ha sido que se ha realizado en las fechas en que la burguesía catalana y española, con el rey y el gobierno en funciones del país a la cabeza, esperaban una verdadera orgía del comercio y los negocios que catapultase a la región al primer plano de la inversión tecnológica mundial. Es decir, los trabajadores de TMB han elegido una fecha en que realmente podían dañar a la patronal y a la burguesía. Han mostrado que la fuerza

de la clase proletaria reside en que, mediante su unión, mediante su acción organizada, pueden tocar realmente los intereses de la clase enemiga y que esta es la única vía para imponer sus exigencias. Que la huelga de TMB es realmente una huelga dañina, que coloca en apuros a al conjunto de la patronal catalana y española, lo demuestra el hecho de que ambas, unidas a sus respectivos gobiernos locales y nacionales, se han lanzado al unísono contra los huelguistas.

El Ayuntamiento de Colau, que ya se estrenó en la lucha anti obrera contribuyendo a desorganizar y vencer la lucha de los trabajadores de las subcontratas de Movistar la primavera pasada, y la Generalitat gobernada por Puigdemont, esa a la que la supuesta extrema izquierda de las CUP ha dado su voto favorable en el Parlament, han organizado el esquirolaje desde el primer momento junto con la empresa organizadora del MWC: ferrocarriles de la Generalitat ha reforzado el servicio de trenes con parada en Fira Gran Vía (sede central del MWC); los taxis de toda Barcelona podrán trabajar el jueves aunque ese sea su día de libranza; en el Area Metropolitana de Barcelona se han reforzado los autobuses que enlazan con Baiz Llobregat y Barcelonés Norte, además del Aerobus (transporte al aeropuerto), el Nitbus (nocturno) y los taxis de la periferia. Todo un despliegue de medios que, bajo el amparo de la legalidad burguesa y con el patrocinio de nacionalistas y reformistas en los distintos gobiernos, está dirigido como una escuadra de combate contra la fuerza que están mostrando los trabajadores de TMB.

De hecho el Ayuntamiento de Barcelona ha sido muy claro respecto a la posición que mantendrá en este conflicto y en los próximos que llegarán: económicamente no es viable satisfacer las exigencias de los trabajadores porque la economía municipal se resentiría, además el servicio público es incompatible con estas exigencias. Por supuesto no dice nada de cómo se resentirán las arcas municipales con los 3.000 agentes de policía desplegados en las calles de Barcelona estos días o con los 15 millones de euros de dinero público destinados al MWC ni la compatibilidad del servicio público con la inauguración de la línea 9 de metro al aeropuerto o con las exenciones fiscales prometidas a los congresistas. El Ayuntamiento de Barcelona ha dejado claro que está y estará siempre y en todo momento contra los trabajadores y a favor del capital: contribuirá a su derrota con todos los medios.

La huelga de los trabajadores de TMB muestra la verdadera cara del

oportunismo que gobierna en Madrid, Barcelona y otras grandes ciudades desde el pasado mes de mayo: su "programa social" consiste, a lo sumo, en intentar mitigar mediante la caridad burguesa algunas de las situaciones de tensión social más escandalosas. Pero cuando los proletarios sacan los pies del tiesto, cuando luchan tanto contra la patronal como contra las instituciones públicas que están al servicio de esta, cuando desmascaran por la vía de los hechos la verdadera cara del cambio, se encontrarán enfrente a un gobierno igual de dispuesto que sus antecesores a romperles el espinazo. Cuando la lucha de clase vuelve a la superficie después de las ilusiones del cambio, se muestra claramente que el Estado, tanto en sus niveles nacional, autonómico o municipal y esté quien esté en el gobierno, es el Estado de clase de la burguesía y que su primera función es mantener la paz social

sobre las espaldas de la clase trabajadora, garantizando su explotación para la buena marcha de los negocios. Tanto los proletarios de Barcelona como los del resto del país deberán aprender la lección. Se encuentran solos frente a la clase burguesa. La corriente renovadora de las instituciones sólo es una ilusión que pretende ocultar que estas siguen estando al servicio de sus enemigos de clase y que siempre les exigirá anteponer los intereses de la economía, de la ciudad o del país a los suyos propios. Frente a ellos, únicamente podrán contar con sus propias fuerzas, con los medios y métodos de lucha que rompan con la conciliación entre clases dañando realmente a la burguesía y con la solidaridad de sus hermanos de clase.

**Partido Comunista Internacional-23 de Febrero de 2015**

**Nueva edición en castellano:  
TERRORISMO Y  
COMUNISMO de L.  
Trotsky**

**El LIBRO**  
se puede descargar  
en el sitio del partido  
en internet:  
**WWW.PCINT.ORG**

para copias en papel  
(5 euros la copia)

**Apdo. Correos 27023,  
28080 Madrid**

## **Atentados en París: ¡El capitalismo es responsable, Guerra de clase al capitalismo!**

Instantes después de haber ocurrido los sangrientos atentados, el leit-motiv de los personeros del gobierno, así como el de otros políticos de los diversos partidos franceses, ha sido «estamos en guerra».

Aun sin haber sufrido esta retaliación en carne propia y en el propio territorio, no es desde ayer que el imperialismo francés está en guerra,

Hace poco más de un año, el presidente Hollande anunciaba con bombos y platillos su decisión de participar, en el cuadro de la Otan, en el bombardeo a Iraq, hace varios meses decidía participar en los bombardeos a Siria, y hace varios días anunciaba el envío al Golfo Pérsico de un grupo aeronaval (con el respaldo de portaaviones, submarino nuclear de ataque y navíos de guerra), a fin de intensificar su participación en la guerra en Iraq y Siria. Bajo el gobierno supuestamente «de izquierda», el imperialismo francés muestra un absceso de agresividad militar solo comparable a las que nos tuvo acostumbrado el socialista Mitterrand durante sus dos mandatos.

Se trata siempre de una vieja y siniestra tradición imperialista francés. Bajo Sarkozy, los círculos imperialistas estuvieron detrás de la guerra en Libia, hoy hundida en un caos del cual no saldrá tan fácilmente. Desde el fin oficial de las colonias, son innumerables las intervenciones militares en África llevadas a cabo por

Francia; basta recordar las responsabilidades francesas en el genocidio de los Tutsi en Rwanda, con un saldo macabro de cientos de miles de muertos, la mayor parte descuartizados. En cuanto a las guerras coloniales, las mismas causaron centenas y centenas de miles de víctimas.

El imperialismo francés es, qué duda cabe, uno de los más rapaces y sanguinarios representantes del imperialismo, sistema planetario en el cual domina un puñado de grandes centros capitalistas y de Estados a su servicio; pero, como sus hermanos en cofradía, también se encuentra en guerra contra sus propios proletarios, y no vacila en utilizar la violencia más brutal, con tal de mantener el orden burgués y las ganancias capitalistas.

Sin remontarse a las terribles masacres con que ha respondido el Estado francés a las revueltas obreras a lo largo del siglo XIX, recordemos la matanza de octubre de 1961 perpetrada por la policía gala contra cientos de trabajadores argelinos que manifestaban pacíficamente en París. Por otra parte, el gobierno viene de decretar el «estado de urgencia», una medida de excepción creada luego de la guerra de Argelia, ya utilizada en 2005, durante las revueltas juveniles de las periferias de las grandes ciudades francesas.

Luego de tomar la decisión de participar en los bombardeos en Iraq, el gobierno había llamado a la «unión nacional» para sostener su participación en una guerra supuestamente para proteger a la población francesa así como a la población iraquí contra los crímenes terroristas; estos llamados a la unión de todos los ciudadanos han sido reiterado desde entonces y hoy vuelven a repetirse.

En realidad se trata de llamados a los proletarios a solidarizarse con «su» imperialismo nacional, es decir, con los capitalistas que los explotan, que los oprimen, así como a las masas desheredadas de los países dominados, que saquean al planeta y que llevan a cabo guerras incesantes. La unión nacional sirve solo a la burguesía, los proletarios siempre han sido sus víctimas, vestidos de azul en sus puestos de trabajo, vestidos de caqui en el frente bélico.

Todas las llamadas medidas de seguridad, mes a mes, año por año, han sido continuamente reforzadas (plan vigipirate, movilización del ejército, espionaje masivo de las comunicaciones, etc.); jamás han servido para proteger a la población, tal como lo demuestran una vez más los recientes atentados; estas no sirven sino para proteger los intereses burgueses y defender al sistema

*(sigue en la pág. 14)*

## Atentados en París

(viene de la pág. 13)

capitalista, e intimidar a los «promotores de disturbios» potenciales y muy particularmente de los proletarios.

El Estado burgués es cien veces más eficaz para frenar a los trabajadores que la toman con su patrón, que para impedir que se produzcan atentados contra los habitantes de París: demostración que las víctimas civiles no son nunca «daños colaterales» en las empresas imperialistas, bajo las bombas en Siria e Iraq, o en las calles y salas de conciertos de la capital.

Ello no impidió la cínica utilización de los cadáveres de las víctimas para alimentar la campaña de unión nacional y de apoyo al Estado y a sus fuerzas de represión, buscando también suscitar la adhesión a las campañas militares actuales o por venir. Encima de los mismos cadáveres todavía regados en el suelo, los políticos de derecha e izquierda multiplicaron sus declaraciones marciales. Esto no es sorprendente: como fieles partidarios del imperialismo, ya habían aprobado las recientes intervenciones en Libia, África y Medio Oriente, igualmente expresaban su unanimidad en el apoyo a las acciones del gobierno y en el llamado a la unión interclasista.

Los proletarios no deben dejarse engañar por estos representantes o sirvientes de la burguesía; no deben tener ninguna confianza en el gobierno y las instituciones del Estado burgués, los cuales están al servicio exclusivo de sus enemigos de clase. Los sangrientos ataques de París y Saint Denis son el corolario de las acciones criminales de estos últimos, lo que ha hecho reaccionar a los djihadistas que han respondido por medio de actos terroristas individuales al terrorismo a gran escala de los imperialistas.

Querer protegerse del terrorismo djihadistas o combatirlo, cobijándose bajo el ala del Estado burgués, no solo significa para el proletariado aceptar ser cómplice del terrorismo imperialista, sino también aceptar permanecer eternamente como víctimas voluntarias de su verdugo, el capitalismo.

Los atentados de París y Ankara, de Beirut o del Tchad, así como las guerras en Ucrania o Medio Oriente, son la prefiguración de un futuro de miseria, masacres y guerras

generalizadas que el capitalismo en crisis propone al proletariado y a las masas del mundo entero como solución.

Escapar a esta lógica no es precisamente escoger un campo burgués contra otro, pues no hay otra solución que la destrucción del capitalismo, destrucción que solo puede llevarse a cabo mediante la revolución comunista mundial.

Por ser la clase social cuya explotación alimenta y nutre al capitalismo, el proletariado posee en sí mismo la capacidad de terminar con el modo de producción capitalista y la sociedad de injusticia y opresión, de guerras y masacres, edificada sobre sus bases: basta con que rechace seguir dejándose explotar para que se derrumbe este gigantesco edificio.

Es la vía de la reanudación de las luchas proletarias, de la guerra de clase revolucionaria contra todas las burguesías y todos los Estados burgueses; ello significa cortar los lazos pacientemente tejidos durante décadas para mantener encerrado al proletariado en el interclasismo, romper con sus múltiples fuerzas e instituciones de la colaboración de clase, abandonar las ilusiones en la unión nacional, la democracia y el Estado, instrumentos mantenidos por todo un conjunto de amortiguadores sociales, hasta conseguir las fuerzas y las armas de clase que permitan reconstituir la organización política que permita emprender el combate.

No es una vía fácil, rápida o sin riesgos; pero no es la primera vez que el proletariado se ha lanzado al ataque de las ciudades capitalistas. Mañana deberá encaminarse de nuevo por esa vía, sobre la base de posiciones políticas, programáticas y teóricas marxistas, defendidas sin descanso por la Izquierda Comunista, sin dejarse frenar ni intimidar por los golpes del adversario.

De esta forma encontrara la fuerza para vengar a todas las víctimas del capitalismo, poniendo definitivamente fin a este infame sistema.

**¡No a la unión nacional!**  
**¡No a las guerras capitalistas!**  
**¡Por la reanudación de la lucha de clase!**  
**¡Por la revolución comunista internacional!**

**Partido Comunista Internacional - 14 de Noviembre de 2015**

# suscribíos

## ¡SOSTENED Y DIFUNDID LA PRENSA DEL PARTIDO!

**¡Lean, difundan,  
sostengan la prensa  
internacional del partido!**

### ¡Suscríbanse!

#### - Il comunista -

Periódico bimestral  
 Precio del ejemplar: 1 €, £ 1; 5FS;

#### - Le prolétaire -

Periódico bimestral  
 Precio del ejemplar: 1 €, £ 1; 3FS.

#### - Programme communiste -

Revista teórica  
 Precio del ejemplar: 4 €, £ 3; 8FS;  
 América Latina.: US\$ 2; USA-  
 Cdn: US\$ 4.

#### - El programa comunista -

Revista teórica  
 Precio del ejemplar: 3 €, £ 2; 8FS;  
 América Latina: US\$ 1,5; USA-  
 Cdn US\$ 3

#### - Proletarian -

Suplemento en inglés al «le  
 prolétaire»  
 Precio del ejemplar: 1 €, £ 1, 3 CHF.

#### - El proletario -

Precio: Europa: 1,5 €, 3CHF; 1,5£;  
 América del Norte: US \$ 2;  
 América Latina: US \$ 1'5

**Visita el sitio del Partido  
www.pcint.org**

## Siguiendo el hilo del tiempo

# Socialismo y nación

AYER

El planteamiento del problema nacional en la doctrina marxista está muy claro desde las formulaciones del «*Manifiesto Comunista*». Este texto admirable tiene la doble ventaja de haber sido escrito en vísperas de la realización de la perspectiva revolucionaria de 1848 (que se presentaba como la liquidación final de las reivindicaciones burguesas contra los vestigios del feudalismo, liberando inmediatamente la vía para la lucha proletaria directa contra la clase capitalista) y de dar en capítulos distintos el encuadramiento teórico y programático radical de la cuestión, así como la aplicación estratégica a la situación de la época y de las fuerzas en presencia.

La doctrina de la lucha obrera contiene una revisión radical de la idea nacional tan cara a la ideología extremista burguesa. Ella afirma sin ninguna vacilación ni reserva: «**Los obreros no tienen patria. No se les puede arrebatar lo que no poseen**». La patria, se dirá quizás, es una idea vaga; ¡pero el Estado nacional, delimitado por fronteras precisas, es un hecho histórico!. Ya se ha respondido a esta objeción: «Por su forma, no por su contenido, la lucha del proletariado contra la burguesía es al principio una lucha nacional, el proletariado de cada país debe evidentemente acabar primero con su propia burguesía»<sup>1</sup>.

Desde entonces, el nexo entre socialismo obrero e internacionalismo está establecido de manera irrevocable.

Pero la derrota de la gran oleada revolucionaria de 1848, no es solamente la del proletariado europeo que trataba de protagonizarla; es también, parcialmente, el fracaso de la liquidación de la restauración de formas preliberales.

Mientras que, en Europa, el despotismo feudal conserva el formidable baluarte ruso, los regímenes políticos de los países germánicos no logran constituir un Estado nacional netamente burgués, en tanto que en Francia el golpe de Estado de Luis Bonaparte aparece como un nuevo giro «a derecha», incluso si en el nuevo régimen el capital está muy a su gusto.

Desde 1848 a 1870, una serie de guerras consolida la formación de las potencias capitalistas modernas y juega un papel esencial en la formación de la estructura social europea, en la cual se encuadran cada vez mejor la lucha obrera de la clase y el movimiento socialista. Cuando repetimos que 1871 constituye en Europa

el viraje entre este periodo y el del imperialismo declarado y generalizado, es cierto que no inventamos nada.

La guerra franco-alemana de 1870 aparece como una agresión francesa, una tentativa del Segundo Imperio napoleónico, con su alardeado militarismo, de establecer su hegemonía en Europa. La Prusia de Bismarck, a pesar de sus instituciones feudales y su militarismo no menos declarado, aparece como injustamente amenazada: sobre todo, la que parece amenazada es la formación de una nación alemana libre y moderna. Por su parte, ésta se debate bajo el peso feudal de los regímenes tradicionales de Berlín y de Viena; por otra parte correría el riesgo de encontrarse aprisionada entre dos imperios reaccionarios, el imperio ruso y el francés. A pesar de los potentes análisis de Marx, este viraje histórico no fue comprendido a fondo por los socialistas hasta que la crítica leninista iluminó con haces deslumbrantes la situación de 1914-18 y la traición de grupos enteros de jefes del proletariado. Es innegable que con la guerra de 1939-45 una gran parte de la clase obrera mundial ha vuelto a caer en las tinieblas.

Publicado en las vísperas de la guerra franco-prusiana, el primer *Manifiesto* del Consejo General de la Internacional, no sin repetir los principios de la solidaridad obrera internacional, habla de una guerra de defensa en la cual los obreros alemanes participan por la fuerza de las cosas. No se puede olvidar, sin embargo, que la oposición en el seno del cuerpo legislativo francés - una oposición que, sin embargo, no era socialista más que en parte, y solamente de nombre- rechazó el voto de los créditos de guerra al ministerio de Napoleón III. De ambos lados, los socialistas parecen considerar como una salida favorable la derrota del agresor Bonaparte.

Después del primer *Manifiesto* del 23 de julio de 1870, escrito en momentos en que los ejércitos franceses maniobraban en forma amenazante, viene el del 9 de septiembre, que sigue a las derrotas que las divisiones de Moltke han infligido, ante el estupor general, a los ejércitos franceses. Este segundo *Manifiesto* es una protesta de los socialistas alemanes e internacionales contra la anexión de la Alsacia-Lorena y el pangermanismo naciente. Como señala Engels, en él se prevé lo que el mismo compañero de Marx no vivió lo suficiente para ver, a saber, que el pillaje militarista en territorio francés no dio nacimiento a la libertad alemana, sino a una gran guerra «no localizada», una nueva «guerra

defensiva» y «de razas, contra las razas latina y eslava coaligadas».

A partir de ese momento histórico, la lección más grande de la historia para la teoría de la revolución viene de Francia. Ante el aplauso de los obreros franceses, el Segundo Imperio se derrumba con los reveses militares. Pero aquellos se encuentran confrontados muy pronto a problemas terribles. Los burgueses proclaman la república en la que participan los partidos y los jefes más equívocos del mundo político: opositores más o menos auténticos al dictador, sin contar los de última hora, monárquicos orleanistas, republicanos burgueses, verdugos de la represión antiobrera de junio de 1848. Desde este segundo *Manifiesto* histórico, Marx advirtió: «la clase obrera francesa se encuentra en circunstancias extremadamente difíciles».

Cosa notable, el mismo Marx no invoca en ese momento el desencadenamiento de la guerra civil «mientras el enemigo golpea casi a las puertas de París», pero dice a los obreros franceses que «no deben dejarse arrastrar por los recuerdos nacionales de 1792». El *Manifiesto* concluye volviéndose enseguida hacia los obreros de todos los países:

«Si los obreros olvidan su deber, si permanecen pasivos, la terrible guerra actual no será más que la precursora de conflictos internacionales aún más mortales y conducirá en cada país a nuevas derrotas de los obreros batidos por los señores de la espada, de la tierra y del capital»<sup>2</sup>.

En el momento de la caída del fascismo, provocada por la derrota militar, la clase obrera italiana se ha encontrado también en una situación difícil. Pero las enseñanzas que entonces la historia misma dio inmediatamente después al marxismo, y que Lenin ya había planteado, contra la ola vergonzosa de la traición de 1914, desgraciadamente no le han bastado. Sus jefes, aprisionándola en una república aún más fétida que la del Señor Thiers, le han hecho olvidar totalmente su deber hacia ella misma y hacia la revolución.

Solamente dos días después de los sangrientos acontecimientos de mayo de 1871, Marx pudo escribir páginas *ala gloria de la Comuna* que se cuentan, como señala Engels, entre los más potentes escritos revolucionarios.

Cuando el 4 de septiembre de 1870, gracias a la fuerza de los obreros, resplandece de nuevo en París, como en febrero de 1848, el grito histórico de «Vive la République», Francia ya no es un país agresor y el invasor prusiano se lanza contra la capital. El proletariado aplaudió la derrota de Napoleón el pequeño, pero no puede aún ser indiferente al destino de la nación. No

(sigue en pág. 16)

## Siguiendo el hilo

(viene de la pág. 15)

está bastante maduro como para descubrir su deber de clase en toda su plenitud. Durante medio siglo se conmemoró la Comuna y muchos no supieron apreciar el peso del factor patriótico, que había incitado al mismo Garibaldi a ofrecer su espada a París, en relación al factor clasista y revolucionario. Lenin nos brindó una poderosa ayuda a todos los que desde los primeros años habíamos sabido leer a Marx y, con Marx, la historia. Acerquémonos a la primera y a la última de estas páginas inolvidables.

El primer sobresalto de los trabajadores de París contra la república burguesa se produce cuando descubren que los nuevos representantes de la clase dirigente intrigan con los prusianos. Se levantan contra ellos al grito infamante, que se ha vuelto histórico, de *capitulards*. Cuando se intenta arrebatar los cañones a la guardia nacional, que no es aún una guardia obrera, la insurrección estalla. Marx comprende plenamente el móvil: recuerda que los documentos que los Trochu, los Faure y los Thiers han abandonado en su huida a Versalles, proporcionaban las pruebas de su connivencia con el enemigo. La historia aún no había desenredado la madeja entremezclada de las exigencias nacionales y de las exigencias de clase, los partidos socialistas de la época seguían doctrinas inadecuadas, pero el proletariado comprendió que la burguesía francesa, que maniobraba para salvar sus privilegios, no vacilaba en tomar sus órdenes y su dinero de su amigo de clase Bismarck, ofreciéndole, entre otras cláusulas de armisticio, el compromiso de dispersar la *canalla* revolucionaria de París. Al fin de la lucha, en su esfuerzo titánico para enfrentar a los burgueses franceses y al ejército alemán, los federados caen; pero queda para la historia de la revolución obrera el primer ejemplo histórico de su dictadura roja, al mismo tiempo que su emancipación definitiva del prejuicio *nacional*, cuyo peso había sido plenamente reconocido hasta este viraje por la teoría marxista.

«La dominación de clase ya no se puede disfrazar bajo el uniforme nacional. *Todos los gobiernos nacionales son uno solo contra el proletariado*»<sup>3</sup> es así como Marx cerró uno de los ensayos que mejor expresan la progresión paralela de la experiencia histórica y de la teoría de partido, aunque fuese en la derrota de la insurrección.

Cuando estalló la gran guerra de 1914 y los socialistas alemanes hicieron

fullerías con su preparación marxista calificándola seriamente de «defensiva», como Marx lo había dicho irónicamente cuarenta años antes, Karl Liebknecht - Lenin lo recuerda en sus tesis de 1915 - les replicó que con la expresión *guerra defensiva* los marxistas de antes de 1870 indicaban en realidad las guerras de desarrollo de la forma capitalista, mientras que la de 1914 era guerra imperialista entre capitalismo en pleno desarrollo: por tanto, era una traición hablar de defensa, sea en Alemania, en Francia o en Rusia. Esta idea fundamental que aquí reivindicamos está expresada por Lenin en sus tesis. A diferencia de los pacifistas burgueses y de los anarquistas, dice Lenin, nosotros comprendemos la necesidad de valorar históricamente cada guerra en su carácter específico. Ha habido guerras que han sido útiles a la evolución de la humanidad: desde la revolución francesa hasta la Comuna de París (1789-1871), las guerras nacionales burguesas han sido «*guerras progresistas*». Luego viene el análisis del imperialismo moderno y de sus guerras: el periodo del «capitalismo progresista» termina en 1871. La burguesía imperialista moderna «engaña a los pueblos por medio de la *ideología nacional* y de la noción de defensa de la patria», mientras que sus guerras no son más que guerras «*entre esclavistas que tienen por objeto la consolidación y el reforzamiento de la esclavitud*»<sup>4</sup>.

Fieles discípulos, nosotros retomamos con Marx y Lenin el largo hilo del tiempo, del que estos maestros jamás han perdido de vista la dirección. ¡Abandonándolo y dejándose caer en el fango de la abjuración, los *nacionalcomunistas* aún hoy se ven en el periodo del «capitalismo progresista» y han definido la última gran guerra como una nueva guerra de «*liberación nacional*», mientras que el fenómeno imperialista, cuyos datos habían sido puestos en evidencia por Lenin en 1915, había alcanzado en el cuarto de siglo que siguió una intensidad cegadora!

### HOY

La teoría leninista del oportunismo (establecida aplicando rigurosamente el método marxista) muestra que este último, en el periodo relativamente pacífico de 1871-1914, al negar «el fondo del problema, es decir, que la época de las guerras nacionales entre las potencias europeas cedió su lugar a la época de las guerras imperialistas»<sup>5</sup>, combinó el error de doctrina con la traición en la acción política. El contenido de esta traición es la colaboración entre las clases, la renuncia a la dictadura del proletariado, el abandono de la acción revolucionaria, el reconocimiento incondicional de la legalidad burguesa, «la alianza de los

lacayos de la burguesía con esta última, contra la clase explotada por ella»<sup>6</sup>

El mismo análisis se aplica a la traición actual de los stalinistas. A escala internacional, éstos calificaron de *guerra de liberación* la guerra de los imperialistas americanos, ingleses y franceses contra los imperialistas alemanes y, tras haber practicado el compromiso imperialista con los alemanes mismos en una primera fase, en la segunda se aliaron a los occidentales. Para eso, tuvieron que afirmar que los occidentales se habían transformado de imperialistas en «*libertadores*» desinteresados; tuvieron que romper el hilo del tiempo, destrozando las *Guerras civiles* de Marx y pisotear las tesis de Lenin. Era un crimen admitir que los angloamericanos habían dejado de ser imperialistas exactamente entre 1941 y 1945, mientras que ya Engels describía a los primeros como imperialistas en 1844 y a los segundos en 1891 (comentando precisamente el texto de Marx de 1871). Pero hoy (1950) no es preciso demostrarlo polémicamente cuando toda la prensa inspirada por Moscú se desata nuevamente contra el imperialismo agresor de Washington y Londres.

El Instituto Marx-Engels-Lenin de Moscú, tan rico en textos como en posibilidades para ocultar y falsificar los originales, osa invocar, como prueba del hecho que Lenin admitía la *coexistencia* entre el Estado proletario y los Estados capitalistas, una entrevista de febrero de 1920, que conocen muy bien los que han sabido permanecer fieles al marxismo, y que solo es inédita para el último de los crápulas<sup>7</sup>. En esta entrevista, Lenin tomaba el pelo magistralmente a los periodistas burgueses invocando efectivamente la coexistencia pacífica, pero «con los obreros y los campesinos [...] que se despiertan a una vida nueva, una vida sin explotación, sin grandes terratenientes, sin capitalistas, sin comerciantes»

Estos señores del Instituto coexisten con terratenientes, capitalistas y comerciantes, ¡y no encuentran nada mejor para sacar de sus archivos! Lenin responde magistralmente a la alusión a una posible alianza con la Alemania socialdemócrata: estamos por una alianza con *todos* los países, ¡sin exceptuar *ninguno!*, y los miembros del Instituto y otros fariseos picasso-pacifistas no comprenden que esta tesis condenaba como una traición cualquier eventualidad de alianza política y militar con uno de los rivales en los conflictos imperialistas, se trate de la Alemania burguesa, o de la Inglaterra y la América también burguesas.

La italiana es la más podrida de todas las versiones que se adhieren a la mentira nacional. Ella *invierte totalmente* la posición marxista del problema,

resucitando el cadáver del *capitalismo progresista* que había sido sepultado por las obuses de los comuneros y la pluma de Carlos Marx.

La sustitución de la identidad cristalina *fascismo = imperialismo* por la igualdad *fascismo = feudalismo* marca la caída en el precipicio. Ella equivale a esta otra identidad no menos bestial: *Mussolini = Luis Bonaparte*, o incluso, *Hitler = Nicolás Romanov*.

Desgraciadamente, la resistencia que el proletariado de París supo oponer gloriosamente a la maniobra de salvación del poder burgués en el momento de la caída del dictador, no pudo ser ni siquiera esbozada por el Partido Comunista nacido en Liorna, traicionado por ese error fundamental. Mientras que de lo que se habría tratado en la II Guerra Mundial era de injertar la batalla de clase en la derrota militar del Estado (fuera éste despótico o democrático) aplicando el derrotismo de Lenin, se aplicó por el contrario un *capitularismo* a la Trochu, y los jefes, explotando la vacía consigna de *resistencia*, pusieron las masas al servicio de los ejércitos aliados de los que eran sus lacayos estipendiados.

Llegaron a reunir en la banda de los capituladores no solo a los campeones de una república de oropel, como lo fue la república burguesa francesa de septiembre de 1870, sino también a la monarquía fascista y belicista. Aplicaron un método tan lleno de celo antimarxista que justificaron su traición por el deber «nacional» y la «salvación del país», mientras que ochenta años antes los ingenuos blanquistas parisinos habían extraído de su sentimiento por la «defensa de la patrie» la fuerza para batirse contra los dos ejércitos coaligados, el interno y el extranjero.

Se trata de un doble *capitularismo*: el de los jefes del proletariado que traicionan la causa revolucionaria y pasan a la colaboración de clase, y el de la burguesía que, en nombre de la condición previa de la «nación», obliga a los trabajadores a renunciar a su autonomía y a derramar su sangre un día contra los ingleses, al día siguiente contra los alemanes. Con respecto a la «Patria», a la burguesía le importa tanto que tras haberse alquilado primero a los alemanes se alquiló a los ingleses para preservar sus intereses de clase, pero evitando entregarles a los «responsables» de la guerra, que Lenin reconocía sarcásticamente en todos los terratenientes y capitalistas de todos los países<sup>8</sup>. Y que de la liberación *nacional* haya surgido una Italia que renunció a toda dignidad y que solo es capaz de bajarse los pantalones, a la burguesía le importa un bledo, aún más que a nosotros que le somos refractarios.

Hablad, vosotros que os burláis de la fidelidad al *hilo del tiempo* del marxismo; sois más elocuentes que nosotros y que

la historia, y seríamos incapaces de glosar tanta ignominia:

*«Desde el inicio de la guerra mundial habíamos declarado que apoyaríamos en el frente antifascista incluso a un movimiento monárquico que hubiese eliminado a Mussolini a tiempo y hubiese evitado la entrada de Italia en guerra, o bien, después de junio del 40, que hubiese hecho salir a Italia de la guerra [...]. En marzo de 1944, aplicamos esta política valientemente. Es cierto que había existido el 25 de julio y que Italia había sido derrotada, pero era preciso un bloque político nacional lo más amplio posible para que el País pudiese dar sus primeros pasos hacia adelante»<sup>9</sup>.*

La polémica teórica podría plantear cien cuestiones, entre ellas: ¿si se cree en ese bloque nacional lo más amplio posible, por qué éste no comprende en primer lugar el Estado comprometido en la guerra? ¿Por qué, si se cree en él, repetimos, ese bloque no evita al «País» la salida más horrible, es decir, la derrota militar? ¿Es que existe aunque sea uno solo de esos pecados del infierno que Mussolini habría cometido contra esos «intereses superiores de la nación», con los que os llenáis la boca, en el que no hayan participado la monarquía y sus aliados de 1944, a semejanza de los bonapartistas, orleanistas y esbirros republicanos en la Francia de 1870?. Pero se puede jugar aún con la doctrina, sobre todo cuando se tiene un aparato de propaganda bien subvencionado y experimentado en una publicidad demagógica tipo Coca-Cola. En cambio, para los que reivindican la «coherencia», la cronología provoca un poco más de molestias. La maldita consigna de frente antifascista no data de 1939, sino de 1923. En 1939 y en junio de 1940 el stalinismo no se preocupaba por evitar la alianza de Mussolini con Hitler, porque él mismo era el aliado del Führer en el reparto de Polonia. El grito «rompan filas» lo lanzaba desde las radios renanas a los *poilus* franceses, veteranos desde 1792 en la defensa de la libertad. Recién en junio de 1941 se recomienza el burdel para importunar a Mussolini y hacerle el juego primero a los ingleses y luego a los americanos, y se identifica la libertad nacional con la victoria de éstos y su obscuro paseo *off limits*. Y en 1946 se vuelve a descubrir que los americanos son capitalistas y agresores.

A lo largo de todas estas fechas, colgamos un letrero dirigido a los socialtraidores: ¡No tocar! ¡Peligro de muerte!

*Publicado por primera vez en castellano en El Programa Comunista n° 31 (Julio-Septiembre de 1.979)*

## Notas:

1. «Manifiesto del Partido Comunista», cap. 1.
2. «Segundo Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los trabajadores sobre la guerra franco-prusiana», 9.IX.1970.
3. «Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los trabajadores sobre la guerra civil en Francia», 30.V.1871.
4. «El socialismo y la guerra», julio-agosto de 1915, Obras, tomo 21.
5. «El oportunismo y la bancarrota de la II Internacional», Enero de 1916, Obras, Tomo 22.
6. «El oportunismo y la bancarrota de la II Internacional», Enero de 1916, Obras, Tomo 22.
7. Se trata de una entrevista publicada el 21 de febrero de 1920 en el «New York Evening Journal» (Obras, Tomo 30). Fue vuelta a publicar en Abril de 1950 en «Pravda» y, poco después, en el órgano del P.C. italiano, «L'Unità».
8. Una pregunta de la entrevista antes citada pedía la opinión de Lenin «respecto a la extradición de los responsables de la guerra, pedida por los Aliados». Y Lenin responde: «Para hablar seriamente, los responsables de la guerra son los capitalistas de todos los países».
9. Extraído de la «Respuesta de Togliatti a Gaetano Salvemini» en «L'Unità» del 9.IV.1950. El 25 de julio de 1943 es la fecha de la destitución de Mussolini por el rey, a continuación de la toma de posición del Gran Consejo fascista contra la política militar del Duce. En realidad, Italia no salió de la guerra sino que fue invadida por los ejércitos alemanes en el Norte y por los aliados en Sicilia.

## le prolétaire

n° 518

(Dec. 2015 - Fev. 2016)

- Pour défendre le capitalisme. L'Etat d'urgence en permanence
- L'économie mondiale sur un baril de poudre
- Amadeo Bordiga. Parti et action de classe (1)
- Au sujet de quelques réactions aux attentats de novembre
- Lénine. La propagande contre la guerre sans appel à l'action révolutionnaire ne peut que semer des illusions
- Les prolétaires et l'«aide» de la France à la Grèce
- Un courant carrément réformiste : le CCR du NPA
- Friedrich Engels. La démocratie et le communisme

Precio: 1 euro / 4,5 FS / £ 1,5 / 60 DA / 10 DH / 500 F CFA -  
leproletaire@pcont.org

## Nota de lectura: El derrotismo universitario

Agustín Guillamón es un historiador que a lo largo de los últimos tiempos ha publicado numerosos libros, artículos y textos dedicados a desenterrar del olvido hechos y personajes que contradicen la versión oficial acerca de las convulsiones sociales que asolaron España durante las primeras tres décadas del siglo pasado. Durante varios años ha corrido de su cuenta la publicación de la revista *Balance. Cuadernos de historia del movimiento obrero*, a través de la cual ha querido dar a conocer las corrientes revolucionarias que desarrollaron una crítica cercana a las posiciones del marxismo revolucionario ante los acontecimientos de España, así como a aquellas que, dentro del anarquismo, tendieron a alejarse de las posiciones que imperaban dentro del *oficialismo* de CNT y FAL. Sin duda su trabajo en el terreno de la publicación histórica le ha alejado de la escuela de falsificadores a sueldo del estalinismo y la socialdemocracia que han llenado de mentiras miles de libros y revistas sobre esos años. Pero el rigor que ha podido mostrar contra estas corrientes no le da patente de corso para lanzar él mismo una nueva versión acerca de la lucha de las escasas minorías que se opusieron abiertamente al encuadramiento del proletariado hispano en cualquiera de los frentes de la burguesía, especialmente cuando esta versión tiene visos de pretender ser, lejos del terreno de la investigación histórica al que está acostumbrado, una afirmación política respecto a la lucha de clase que el proletariado deberá librar hoy y mañana.

El pasado mes de noviembre Agustín Guillamón publicó en varios medios digitales un texto llamado *Derrotismo revolucionario*. En él, reproduciendo la estructura de los *Hilos del tiempo*<sup>1</sup>, pretende hacer una valoración crítica sobre la aplicación de la táctica del derrotismo en la Guerra Civil y una especie de adecuación de la misma a los tiempos actuales. Pero al contrario que en los *Hilos*, donde se muestra la continuidad histórica del oportunismo como función del combate que la burguesía libra contra el proletariado *desde sus propias filas* luchando por restaurar la doctrina marxista sobre sus verdaderas bases, Guillamón utiliza la forma de esta serie de artículos para despedazar cualquier tipo de continuidad histórica de la lucha de clase del proletariado haciendo de la *excepción histórica* y de la *coyuntura concreta*, excusas eternas de todas las corrientes anti marxistas, la justificación de sus posiciones.

En palabras de Lenin el derrotismo revolucionario es *«la única consigna que llama coherentemente a la acción revolucionaria contra el propio gobierno durante la guerra»*<sup>2</sup>. El derrotismo revolucionario es, por lo tanto, la base material de la transformación de la guerra imperialista en guerra civil. Parte de los actos revolucionarios, de los actos de la lucha de clase del proletariado que no pueden frenarse sino que deben exacerbarse como consecuencia de la movilización que la clase burguesa impone y busca la derrota del propio gobierno. Como táctica, por lo tanto, el derrotismo revolucionario parte de un principio político básico para el marxismo revolucionario: la lucha contra la colaboración entre clases, ya se dé esta en el terreno económico, en el terreno electoral o, como es el caso, en el terreno

militar. En 1.912 el manifiesto de Basilea, aprobado por unanimidad por todos los partidos socialdemócratas, estableció, para la guerra de 1.914 la táctica de la lucha revolucionaria de los trabajadores contra sus gobiernos a escala internacional. Dicha guerra, había previsto el mismo manifiesto, se libraría únicamente *en aras de los beneficios capitalistas y por conveniencias dinásticas*<sup>3</sup> y, continuando con la política expresada ya en el Congreso de la II Internacional de Stuttgart, establecía que, a la hora de estallar la guerra, *«los socialistas deben aprovechar la crisis económica y política creada por ella para precipitar el hundimiento del capitalismo, es decir, aprovechar en beneficio de la revolución socialista las dificultades que la guerra causa a los gobiernos, así como la indignación de las masas»*<sup>4</sup>. El derrotismo revolucionario no estaba claramente definido por la Segunda Internacional, que únicamente llama a los socialistas a «aprovechar» las dificultades que la guerra previsiblemente iba a causar. Fue Lenin quien materializó de manera bien precisa este «aprovechamiento»: el derrotismo revolucionario, en el planteamiento que defendió a capa y espada, estaba directamente vinculado con la perspectiva de la guerra civil y contra la guerra imperialista. El derrotismo revolucionario llevado a cabo por los proletarios en el ejército significaba debilitar a su «propio» ejército, fraternizando con los proletarios del ejército «enemigo», no siguiendo las órdenes, desertando, abandonando las líneas del frente, desorganizando el ejército burgués; en la vida civil y en las fábricas, significaba romper la paz social, luchar en defensa de las necesidades de vida inmediatas, organizar huelgas contra la militarización de las fábricas y del conjunto de la vida fuera del ejército. Sin este tipo de lucha es imposible para el proletariado desarrollar la preparación revolucionaria prevista por el partido de clase, es decir, organizarse como clase también desde el punto de vista militar y, como es natural, esta preparación no puede tener lugar si no es gracias a la intervención política del partido de clase que ha conquistado una influencia decidida sobre los estratos más avanzados del proletariado.

Como es sabido los bolcheviques, el Partido Socialista Italiano y los socialdemócratas búlgaros fueron fieles al vago espíritu de las consignas de la socialdemocracia, pero sólo los bolcheviques aplicaron la consigna del derrotismo revolucionario mientras que el PSI y los socialdemócratas búlgaros no pasaron de negarse a votar los créditos de guerra, no dispusieron sus fuerzas para preparar al partido y al proletariado para la guerra civil (de hecho frente a la consigna del PSI «ni adherir ni sabotear» combatió la corriente intransigente de la izquierda de este partido defendiendo exactamente las mismas posiciones de Lenin). Por su parte los grandes partidos de Francia y Alemania se alineaban con su propia burguesía llamando a la defensa de la patria agredida. En el momento decisivo estos partidos demostraron *al no aplicar la táctica del derrotismo revolucionario* que realmente se situaban en el terreno de la colaboración entre clases, si bien esto podía haber sido escondido detrás de sus consignas formalmente marxistas de los años precedentes, y que no pensaban ni por

asomo en la revolución proletaria como una alternativa posible, no porque esta no lo fuera objetivamente, sino porque ellos estaban dispuestos a combatirla hasta el final. De esta manera, la experiencia histórica de la Comuna de París y de la Revolución Rusa de 1.905 pasó a ser letra muerta y los principios del marxismo revolucionario (lucha intransigente contra la burguesía, guerra civil revolucionaria y dictadura del proletariado) un pesado bagaje del que librarse lo antes posible.

Esta es la historia de la táctica derrotista, veamos ahora cómo la *entiende* Guillamón: Para él, el derrotismo revolucionario *«ya había sido utilizado esporádicamente durante la guerra franco-prusiana de 1.870»*. Deberá, para empezar, explicar cómo se utiliza una táctica «esporádicamente». Pero, sobre todo, deberá explicar por qué olvida en su artículo que la guerra franco-prusiana finalizó con el levantamiento del proletariado parisino, que se hizo con el poder instaurando la Comuna y rechazando por igual a ambos ejércitos contendientes finalmente aliados contra la clase revolucionaria. La guerra franco-prusiana muestra que el combate contra la burguesía mediante la lucha por la derrota del propio gobierno constituye, siempre, la única posición política mediante la cual el proletariado puede mantener su independencia de clase y sobre esta experiencia se levanta la constatación histórica de que el derrotismo revolucionario debe ser la táctica que el partido comunista aplique, siempre y en todo momento, cuando llega la hora de la movilización bélica. No es, por lo tanto, una experiencia esporádica, sino una realidad sangrante que no ha dejado de demostrarse, sobre todo cuando sus enseñanzas no han sido aplicadas, a lo largo de toda la historia del proletariado: la experiencia de la guerra franco-prusiana y de la Comuna de París constituye un mentís a toda la política posterior del oportunismo que ha puesto en primer lugar la colaboración del proletariado con la burguesía, a través del sometimiento a su Estado y a sus exigencias económicas, en cada ocasión. La sublevación parisina, en un primer momento, defendió París del ejército prusiano porque el ejército francés se había retirado de la capital y es en el momento en que el proletariado parisino impide la retirada de los cañones de la ciudad cuando entra en conflicto con su propio ejército. No se trata, por lo tanto, de una táctica que pueda ser identificada con el derrotismo revolucionario, que por lo demás no *siempre* es la única posición a defender por el proletariado en una guerra (en determinados países pudo ser de apoyo a la revolución burguesa o a su finalización). Precisamente es después de la Comuna de París que Marx y Engels, como después Lenin, sacan la lección de que en *Europa*, desde ese momento, la lucha del proletariado no tendrá ya como objetivo apoyar, aun manteniendo su independencia política y organizativa, la revolución burguesa contra el absolutismo sino el único y exclusivo de llevar a cabo su revolución de clase. Continúa Guillamón: el derrotismo revolucionario *«obtuvo cierto éxito en Rusia, Alemania, Italia, Hungría, Rumanía... y en el verano de 1.917 amenazó seriamente al ejército francés con amotinamientos de regimientos enteros y desertiones en masa [...] Pero la táctica del derrotismo revolucionario demostró en Francia su incapacidad para poner fin a la guerra o desembocar en*

**insurrecciones revolucionarias**». Para un historiador no está mal este olvido selectivo de la historia. Decir que el derrotismo «obtuvo cierto éxito en Rusia», donde la revolución barrió a dos gobiernos, el zarista y el de Kerensky, impulsada precisamente por la demanda de paz que expresaban los proletarios y las masas campesinas a través de su movilización continua sobre las cuales operó la táctica derrotista de los bolcheviques, implica o bien un desconocimiento de los rudimentos más elementales de la historia reciente o bien un deseo de relativizar el valor de la primera revolución triunfante que consiguió mantenerse en el poder. Que se trata del segundo caso lo demuestra el final de la cita: lo que Guillamón quiere demostrar es que la táctica del derrotismo revolucionario es inútil para el fin que se propone, es decir la toma del poder por parte del proletariado. Para ello relativiza la revolución en Rusia, la pone al mismo nivel que los motines de soldados en el frente francés, sobredimensionando la importancia de estos y, finalmente, liquida el problema afirmando que el derrotismo revolucionario no fue capaz de desembocar en insurrecciones, escamoteando hechos históricos vitales. Lo que Guillamón quiere decir realmente es que la Revolución Rusa, y por lo tanto la acción del Partido Bolchevique que la dirigió, no tuvo importancia, que realmente no fue una confirmación tanto de las previsiones teóricas como de la disposición práctica a la lucha de los comunistas revolucionarios porque, como se verá más adelante, Guillamón discrepa precisamente de las posiciones del marxismo revolucionario y combate todas las implicaciones políticas que se derivan de su confirmación a través de los acontecimientos de febrero y octubre en Petrogrado. Guillamón necesita hacer esto porque es la única manera de lograr la cuadratura del círculo y justificar su defensa, en condiciones muy similares, de las tendencias anarquistas que rechazaron colocarse sobre el terreno de la lucha consecuente contra todas las expresiones del dominio de la burguesía sobre el proletariado.

Llegado al centro del problema, el artículo de Guillamón pasa ahora a analizar las corrientes que en la Guerra Civil española intentaron aplicar el derrotismo revolucionario. En primer lugar trata el caso de la Fracción Italiana de la Izquierda Comunista, agrupada en torno a la revista **Bilan**. Como es sabido este grupo estaba compuesto por militantes comunistas italianos que habían emigrado por trabajo o huyendo de la represión fascista en Italia. Se constituye en 1928 como «Fracción de la Izquierda del Partido Comunista de Italia». La base teórica y programática de la Fracción está constituida sustancialmente por las Tesis de Lyon<sup>5</sup> de la Izquierda y estas caracterizarán la actividad de la Fracción aun cuando –era inevitable– esta tome posiciones equivocadas. La fuerza de aquellos militantes residió en que **nunca renegaron** y que se batieron para mantener el hilo **incluso físico** de la tradición de izquierda. Desde su constitución, la Fracción se distinguirá de las otras Oposiciones de izquierda por el hecho de que no aceptará como denominador común el anti estalinismo sino que reivindicará la experiencia revolucionaria de la Internacional Comunista condensada en las tesis de sus dos primeros congresos<sup>6</sup>. Transcribimos a continuación lo que Guillamón afirma sobre la Fracción y sus posiciones sobre

España:

***Bilan aplicaba un derrotismo abstracto e idealista, entre otras cosas porque no tenía capacidad para intervenir o influenciar mínimamente a la clase obrera española. No cabe desprestigiar o ridiculizar las tesis o posturas teóricas de la Fracción, pero sí que debe cuestionarse el carácter marxista de las mismas, porque un marxismo crítico sin capacidad operativa de intervenir en la realidad social e histórica no es marxismo: es filosofía. Aquellos que se obsesionan en la defensa a ultranza de Bilan caen en el idealismo, ya fustigado por Marx en la tesis número 11 sobre Feuerbach.***

***La Fracción Italiana de Izquierda comunista, que editaba Bilan en francés y Prometeo en italiano, consideraba que la guerra civil española era una guerra imperialista entre la burguesía democrática y la burguesía fascista. Las consignas de Bilan sobre sabotaje de la industria de guerra, confraternización en el frente con los fascistas, no tomar partido por ninguno de los bandos imperialistas en lucha, etcétera, eran unas consignas abstractas, ideológicas y en la práctica reaccionarias, cuyo principal defecto era su inoperancia, su falta de capacidad para convertirlas en acción práctica: eran papel mojado. Pero, eso sí, eran unas tesis teóricas muy brillantes, que lucían muy bien en las páginas de Bilan. Su aplicación práctica, absolutamente imposible para el grupo de extranjeros de la Fracción, sin influencia alguna en la clase obrera barcelonesa o catalana, era de carácter reaccionario porque implicaba la colaboración con los fascistas y ayudarles a romper el frente republicano, abriendo las puertas al ejército de Franco.***

***Bilan sólo hizo lo único que podía hacer: defender sus posiciones sobre el papel.***

#### Punto por punto.

¿Cuál era ese «derrotismo abstracto e idealista» que defendía la Fracción? La Fracción partía de la constatación de que la guerra de España se trataba de una guerra imperialista, es decir, que enfrentaba a dos facciones de la burguesía, vinculadas ambas con las principales potencias extranjeras, y que estas trataban de encuadrar a los proletarios en su frente de lucha contra el enemigo. Pese al ropaje izquierdista del Frente Popular y del gobierno Azaña, para la Fracción el Estado burgués en la zona republicana continuaba perteneciendo a la burguesía que simplemente esperaba el momento de liquidar definitivamente al proletariado en armas. Por lo tanto la Fracción llamaba a los proletarios españoles a negarse a intervenir en la contienda al servicio de la burguesía republicana, a negarse a abandonar su lucha de clase en favor de la lucha militar al servicio de un gobierno burgués. Por ello llamaba, igualmente, a que los proletarios de ambas zonas confraternizaran y presentasen resistencia, económica y política, a su encuadramiento en los frentes. Finalmente apelaba a los proletarios del resto de Europa para que, lejos de participar en los envíos de voluntarios a España, sabotearan el envío de armas y hombres a ambos bandos y luchasen contra su propia burguesía en defensa exclusiva de sus intereses de clase. Por supuesto que estas posiciones mantenidas a través de la revista Bilan no

se corresponden con ningún tipo de dejación en la lucha, no suponen ninguna llamada a los proletarios a permanecer indiferentes. Así, en el artículo **En España: burguesía contra proletariado** (Bilan, núm. 33, julio-agosto de 1936) se afirma: **Por tanto, la alternativa no es, en forma alguna, o Azaña o Franco, sino burguesía o proletariado. Que uno de los dos socios sea vencido no impedirá que el que resulte realmente derrotado sea el proletariado, destinado a pagar los platos rotos de la victoria de Azaña o la de Franco. Lejos, pues, de poder permanecer indiferente ante los acontecimientos actuales, por el hecho de que la lucha se libre entre dos fracciones de la burguesía, el proletariado debe intervenir directamente en la situación, ya que sólo él es la apuesta de la batalla y sólo él será la víctima de la lucha de hoy»**

Como se ve, llamar a estas afirmaciones abstractas e idealistas tiene poco fundamento, pero hacerlo mientras se afirma a continuación que el problema es que la Fracción no tenía capacidad para intervenir o influenciar mínimamente a la clase obrera española, es ridículo. De acuerdo a esta afirmación, únicamente no serían idealistas quienes sí pueden influenciar a los proletarios y, dado que quienes mayor influencia tuvieron entre ellos fueron las direcciones de CNT y FAI (Montseny y cia.), Guillamón pensará, siendo coherente con su argumento, que estas han sido las únicas no idealistas. El criterio de la mayoría, que es el criterio de lo posible, es el principal argumento que ha pesado en el haber del estalinismo y la socialdemocracia durante los últimos 80 años, toda su política contra revolucionaria ha tenido como justificación que esta era la única que la mayoría podía aceptar y Guillamón se sube ahora al carro de esta lógica para decirnos que la Fracción era «idealista y abstracta» porque no influenciaba al proletariado. Las causas del aislamiento de la Fracción, la contra revolución estalinista abatida sobre las posiciones de la Internacional de Lenin, la falsificación doctrinal del marxismo a cargo de los pretendidos líderes de mayoría, pasan para él como algo sin relevancia en su afán por justificar una crítica que, políticamente, es imposible mantener.

Finalmente Guillamón añade que las tesis de la Fracción, además de ser minoritarias luego idealistas, eran reaccionarias porque habrían hecho el juego a los fascistas. Hay que recordar, llegados a este punto, que este es el argumento más constante que se ha lanzado siempre contra los revolucionarios. Lo sufrió la Izquierda en la época en que dominaba la dirección del Partido Comunista de Italia y se negaba a colaborar con los Arditti en un frente único antifascista con organizaciones no proletarias; lo sufrió el POUM durante la campaña de descalificaciones del PCE y lo sufrieron, finalmente, los revolucionarios motejados de incontrolados cuando amenazaron con volver las armas contra la burguesía republicana en 1937: hacerle el juego a los fascistas es un antídoto para combatir la clarificación política que la Fracción proponía al proletariado español con sus débiles fuerzas numéricas (pero con su gran fuerza teórica, habría que añadir). Lo cierto es que la colaboración bélica del proletariado con la burguesía, la disciplina en las fábricas, el envío de obreros a la masacre española... fueron los jalones en

(sigue en pág. 20)

el camino de la contra revolución que permitieron llegar al exterminio de los revolucionarios, primero por los gobiernos de Caballero y Negrín y finalmente por la dictadura de Franco. A los proletarios españoles no les venció ni la Falange ni las tropas moras: ya estaban vencidos política y organizativamente por la acción combinada del gobierno republicano del Frente Popular y por la CNT-FAI cuando estos entraron en Barcelona o en Madrid. Estuvieron vencidos desde el momento en que depusieron sus armas de clase y tomaron las de **la guerra junto a la burguesía**, por eso la contra revolución fue infinitamente más dura y difícil de remontar que la acontecida en ocasiones anteriores, porque los proletarios le entregaron toda su fuerza revolucionaria a quien sólo buscaba aplastarlos. ¿O piensa Guillamón que a mayo de 1.937 se llegó únicamente por la traición de los dirigentes obreros en los ministerios? ¿Habrá que recordarle que fueron los proletarios que habían cedido el poder en julio a la burguesía quienes, en perfecta coherencia con lo acontecido entonces, se retiraron de las barricadas? Todo el trabajo de la Fracción consistió en explicar cómo está derrota se aproximaba de manera inexorable, cómo la debilidad del proletariado español no se encontraba en unos líderes más o menos vendidos sino en su incapacidad para remontar la falsa dicotomía Azaña-Franco a través de la constitución de su partido de clase, dotado teóricamente para afrontar las batallas que tendrían lugar. Para Guillamón el frente republicano parece haber constituido la salvaguardia de la revolución... Bien, pues fue en nombre de este frente que Montseny y Oliver llamaron a cesar los combates de mayo. Y fue en nombre de este frente, que a los proletarios españoles se les presentaba de manera mil veces más legítima dada su historia como tal salvaguardia, que la clase obrera abandonó la lucha y fue posteriormente aniquilada. Guillamón, en el frente republicano no ve a proletarios de Barcelona luchando contra proletarios reclutados forzosamente por el gobierno de Burgos, sino a proletarios contra «fascistas». De la misma manera que los Noske, Ebert y demás presentaban, en la I Guerra Mundial, a los proletarios rusos como el demonio asiático buscando con ello que los proletarios alemanes no confraternizaran con ellos en las trincheras. Esto a Guillamón puede parecerle una cuestión «abstracta e idealista» pero sus consecuencias son bien claras: han equiparado a Guillamón con la propaganda a favor de la Unión Sagrada y este es un lodazal bien **concreto y material**.

En oposición al derrotismo de la Fracción, Guillamón opone el derrotismo **concreto y real** de los Amigos de Durruti, cuya breve existencia glosa en su artículo de manera detallada. Desgraciadamente nuestro articulista no ha entendido que en el balance de las victorias y de las derrotas del proletariado el meollo del problema nunca ha estado en oponer buenas ideas a malas ideas o en crear una escala de concreción y abstracción. Lejos de ello, el trabajo a realizar sobre la lucha histórica de la clase proletaria, que tiene sus puntos centrales en el estudio de las contra revoluciones, pasa por explicar los factores determinantes en la formación de las expresiones más acabadas de esta lucha (sus programas políticos). Pero Guillamón es completamente incapaz de realizar este trabajo y, en su artículo, buenos y malos se superponen con el fin de defender las tesis emanadas de su

cabeza de especialista en la Guerra Civil. Así, los hechos se sobredimensionan o se minusvaloran según la conveniencia del autor pero jamás se explican, jamás se exponen en el contexto de sus circunstancias. Contrariamente al trabajo de la Fracción, que llenó cantidad de páginas con el fin de explicar los condicionantes históricos y políticos de la tragedia del proletariado español (y que se sintetizan en la **trágica ausencia del partido de clase, por lo tanto de un programa y una acción ininterrumpida y consecuentemente revolucionaria a lo largo de las diferentes situaciones atravesadas**), Guillamón salta de la Fracción a los Amigos de Durruti como si fuesen equiparables, como si estos últimos, forjados con un inmenso valor al calor de las derrotas de clase más inmediatas pero sobre una base teórica y programática increíblemente débil como era la del anarcosindicalismo, pudiesen representar lo mismo que la Fracción, cuya experiencia adquirida en un combate político de dos décadas le permitía afrontar los problemas de España en la perspectiva del triunfo internacional de la contra revolución y no sobre consideraciones coyunturales ceñidas únicamente a aquello que acontecía en el suelo ibérico. No se trata, insistimos, de que pueda colocarse a una corriente por encima de otra, no caemos en un error idéntico al de Guillamón, no colocamos todas las virtudes del lado italiano en detrimento del grupo español, simplemente explicamos las posiciones de unos y otros en función de la fuerza histórica que les había hecho surgir.

Guillamón afirma: **Aquí no caben dudas, ni matices: Los Amigos de Durruti pusieron en práctica uno de los episodios de derrotismo revolucionario más sobresalientes de la historia del movimiento obrero y revolucionario: 800 milicianos abandonaron el frente de Aragón con las armas en la mano, para bajar a Barcelona con el objetivo de combatir por la revolución, fundando la Agrupación de Los Amigos de Durruti, que en mayo de 1937 intentó plantear una orientación revolucionaria a la insurrección obrera contra el estalinismo y el gobierno burgués de la Generalidad. Así fue y así sucedió. Los militantes de la Fracción, en París, se limitaban a pontificar en los artículos publicados en Bilan y Prometeo, con mayor o menor acierto, sobre esa lejana y ajena insurrección.** Efectivamente el abandono del frente **con las armas en la mano** fue uno de los episodios más significativos de aquello que realmente estaba en juego en la Guerra Civil. De hecho lo fue porque rompió el frente republicano y dirigió a los proletarios más combativos hacia el nido de la burguesía catalana. Pero fue sólo un comienzo prometedor. Lo mismo que las jornadas de julio fueron sólo un comienzo prometedor. La hagiografía libertaria ha rellenado los huecos, que debiera haber ocupado el balance político ,con este tipo de comienzos, a los que sistemáticamente deja sin final porque le noquea aquel que realmente tuvieron en la medida en que se opone frontalmente a sus principios. Los Amigos de Durruti se dirigieron a Barcelona, participaron en las jornadas de mayo, buscaron casi en solitario romper con la política de colaboración entre clases e intentaron mantener vivo el espíritu revolucionario cuando la represión burguesa republicana se abatió sobre el proletariado. Representaron la más sana reacción contra la política anti proletaria de la CNT-FAI de entre los cuadros de estas organizaciones. Pero lamentablemente

esta reacción fue incapaz por sí misma de superar, aún en el restringido círculo de los militantes confederales que habían pasado por la experiencia del abandono del frente y la lucha en las barricadas, la carencia de una perspectiva política clara acerca de las necesidades que el combate contra la burguesía planteaba.

Leemos en la octavilla difundida por Los Amigos de Durruti en las barricadas durante las jornadas de mayo: **Una Junta revolucionaria. - Fusilamiento de los culpables. Desarme de todos los Cuerpos armados. Socialización de la economía. Disolución de los partidos políticos que hayan agredido a la clase trabajadora.** Es decir, en el momento en que la contra revolución mostraba abiertamente su verdadera cara, cuando la alternativa para el proletariado era la toma definitiva del poder y la liquidación de la burguesía o la derrota, los Amigos de Durruti únicamente fueron capaces de consignar unas proclamas poco precisas: ¿Qué Junta revolucionaria? ¿Para qué? ¿Constituida por quién? ¿Qué hacer con los frentes militares?, etc. En un momento en el que los proletarios en armas defendían las barricadas contra las fuerzas armadas del Estado burgués, este se dejaba intacto incluso en la propaganda del grupo más avanzado de los militantes cenetistas. ¿Culpables? En la historia no existen ni los culpables ni los inocentes, los límites del proletariado español en su encrucijada decisiva son achacables al conjunto de su historia, jamás a ningún grupo o individuo en particular, especialmente si stos se batieron con el coraje y el odio de clase de los que hicieron gala Los Amigos de Durruti. Pocas semanas después del fin de los sucesos de mayo, los Amigos de Durruti lanzaron su folleto **Hacia una nueva revolución.** En el capítulo titulado **Nuestra posición**, afirman: **Somos enemigos de la colaboración con los sectores burgueses. No creemos que se pueda abandonar el sentido de clase. Los trabajadores revolucionarios no han de desempeñar cargos oficiales ni han de aposentarse en los ministerios. Se puede colaborar mientras dure la guerra en los campos de batalla, en las trincheras, en los parapetos y produciendo en la retaguardia.**

Guillamón debería entender que estas líneas **también son un hecho, bien concreto y material**. Los Amigos de Durruti, lejos de adoptar teórica y políticamente la táctica del derrotismo revolucionario, llaman al proletariado a combatir en los frentes de la burguesía, a producir para la industria de guerra. Tras su marcha del frente, los trabajadores que constituyeron Los Amigos de Durruti no supieron llevar hasta sus últimas consecuencias programáticas las conclusiones acerca de la realidad que padecían y cayeron, una vez más, incluso después de que la reacción burguesa se llevase por delante la vida de cientos de revolucionarios, en la política de la colaboración con la burguesía. Sus llamamientos a una Junta Revolucionaria, si quieren equipararse a algo parecido a la consigna **toma del poder**, ha de reconocerse que son sumamente abstractos; su posición respecto a la guerra no es precisamente derrotista; finalmente su misma posición respecto a las fuerzas colaboracionistas es completamente ambigua (los trabajadores no deben desempeñar cargos oficiales, pero ¿qué se hará con los propios cargos oficiales?, etc.) Finalmente, después de dar un pequeño repaso al derrotismo en la II Guerra Mundial que convierte a su artículo,

definitivamente, en un cúmulo de vaguedades que no van más allá de la anécdota histórica, Guillamón «propone» los nuevos campos para el derrotismo revolucionario:

En la actualidad de la guerra de clases en curso el derrotismo revolucionario tiene cinco frentes abiertos:

**1.- El de las tropas nacionales operando en otros países en las llamadas misiones de paz. ¿Qué intereses defienden si no son los del capital financiero internacional? ¿Qué paz pueden ofrecer legionarios, policías, mercenarios y similares?**

**2.- Tras la magnificación de la amenaza terrorista islámica o antisistema se esconde la elaboración de una ofensiva política y militar contra todas las libertades y derechos democráticos de los países occidentales. A medio plazo recortes sociales y libertades son incompatibles. Las distintas leyes mordaza o antiterroristas son el inicio del camino hacia un autoritarismo político sin límites, que desemboca en dictaduras más o menos camufladas con inocentes adornos democráticos y elecciones entre lo malo y lo peor.**

**3.- Las prohibiciones estatales a las migraciones son matanzas en masa y una burla a los refugiados políticos.**

**4.- La guerra social contra los marginados, parados y precarios toma hoy la forma de una guerra del Estado contra los sectores más desfavorecidos de sus pueblos, que tiene sus campos de batalla en los barrios y los guetos.**

**5.- La táctica derrotista contempla hoy la disolución de todos los ejércitos, de todas las policías, de todas las fronteras, de todos los Estados, como única solución de supervivencia para todos aquellos que no tienen ningún poder de decisión sobre sus propias vidas y que padecen la burla de unas elecciones en las que se eligen unos representantes que no pueden hacer otra cosa, sea cual fuere su voluntad, que fortalecer al sistema y aplicar su lógica destructiva y antipopular en defensa de las multinacionales y el capital financiero.**

Guillamón, lejos de cualquier esfuerzo por concretar sus posiciones, pasa por encima de unas precisiones obligadas a la hora de abordar los puntos que propone. Olvida explicar que las tropas nacionales defienden antes que nada los intereses del capitalismo nacional y los de los capitalistas aliados de los otros países, contra los intereses nacionales e internacionales del país en el cual la «misión de paz» interviene. Olvida también que las intervenciones militares camufladas como «misiones de paz» y que responden a los intereses de los países que envían sus propias tropas a países sacudidos por guerras locales en las cuales siempre se ve la patita de cualquier potencia imperialista, encuentran actualmente su «justificación» más frecuente en las amenazas del terrorismo islámico, cosa que sirve como pretexto tanto para intervenir en las zonas consideradas de interés «vital» para el imperialismo como de justificación para reforzar aún más el régimen político y social autoritario que subsiste como norma –aun revestido de leyes y velos democráticos– desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Los países capitalistas avanzados no tienen necesidad del «terrorismo islámico» para

devenir autoritarios, pero tienen interés en alimentar la ilusión democrática y la «necesidad» de democracia cada vez más a medida que se vuelven más autoritarios. Resulta significativo que quien reprende a revolucionarios que pusieron a prueba la fuerza histórica de sus convicciones en durísimas batallas históricas, por ser abstractos y poco concretos, «olvide» él mismo ser concreto en un terreno tan importante como el de su propia actualización del derrotismo revolucionario. Pero merece la pena, además de señalar este hecho, detenerse en el punto quinto de su actualización. De acuerdo a este la disolución de los ejércitos, etc. sería la única vía para que las masas desposeídas puedan sobrevivir. Surge, espontáneamente, una pregunta: ¿cómo harán las masas que hoy no tienen ningún poder de decisión sobre sus vidas para aplicar una táctica capaz de disolver el complejo del Estado burgués, erigido en defensa de los intereses capitalistas y de la clase dominante, con sus ejércitos y policías, cuando no son capaces ni siquiera de luchar con medios y métodos clasistas por la defensa exclusiva de sus intereses de clase? Y aún hay otra observación más importante que hacer: el derrotismo revolucionario, una vez rota la paz social y bajo la influencia política del partido de clase, es una táctica que se apoya sobre organizaciones sociales clasistas del proletariado (asociaciones económicas, comités y coordinadoras locales y nacionales, etc.) que sirven para desorganizar las fuerzas de defensa de la clase dominante (tanto militares como económicas y sociales), pero que por sí mismas no pueden ser resolutivas porque tienen necesidad de la preparación revolucionaria.

El derrotismo revolucionario no es una prolongación de la ideología del desarme, ideología del todo impotente y desviante; es en realidad un componente de la lucha de clase del proletariado que reacciona ante la política de guerra de la burguesía y que, desorganizando las fuerzas económicas, sociales y militares de la burguesía desorganiza en parte también a las fuerzas proletarias haciendo imperiosa la necesidad vital de organizarse contra atacando: de la defensiva el proletariado pasa a la ofensiva.

Elevar himnos a la disolución de **todos** los ejércitos, de **todas** las policías, de **todos** los Estados, es negar que la toma del poder por parte del proletariado tenga necesidad de un encuadramiento militar y de la insurrección violenta y que una vez conquistado el poder político, la instauración de la dictadura proletaria requiere que sobre los escombros del Estado burgués y de las instituciones militares se erija el Estado socialista que se deberá dotar de una policía y de una magistratura para luchar contra todas las tentativas de las clases dominantes abatidas para levantar la cabeza. Y de que se forme el ejército rojo para combatir los ataques externos por parte de los ejércitos de las burguesías capitalistas que aún se mantienen en el poder.

Guillamón piensa que el derrotismo revolucionario es un descubrimiento mágico que, colocado junto a una serie de temas candentes elegidos según el criterio del telediario, le puede dar la pátina de político revolucionario que le falta una vez completada su misión en el terreno de la crítica histórica. El derrotismo revolucionario es la táctica que, en tiempos de guerra, defiende el partido comunista para tratar de abatir a la propia burguesía teniendo en cuenta tanto las modificaciones que en el terreno de la

lucha entre las clases genera la propia guerra como las posibilidades que pueden aparecer en esta lucha en función del desarrollo de la contienda bélica. Como tal táctica, desciende de unas posiciones políticas (no colaboración entre clases, lucha por la toma del poder, etc.) que tienen sus aplicaciones tácticas en muchas otras facetas de la guerra entre clases (abstencionismo revolucionario para el terreno parlamentario, lucha en defensa únicamente de los intereses proletarios en el terreno del enfrentamiento económico, etc.). Además, como tal táctica, es útil porque responde a un trabajo de fijación clara de sus objetivos que desciende del plano general de la teoría hasta el más concreto de la definición práctica. De poco vale una táctica que suponga responder con los elementos característicos de la respuesta al encuadramiento militar del proletariado ante, por ejemplo, **«la guerra social contra los marginados»** (¿se puede ser más abstracto que Guillamón al confundir al proletariado con toda esta serie de caracterizaciones de tipo sociológico?) problema que tiene una serie de características propias y que debe ser abordado, con el mismo espíritu que caracteriza al derrotismo revolucionario, pero sin equiparar la respuesta necesaria a este porque no son lo mismo.

Guillamón ha escrito un pésimo artículo de historia con el que ha pretendido justificar sus salidas de tono políticas. Piensa que su rúbrica de historiador especializado justifica cualquier posición salida de su caletre sin que esta requiera ser verificada políticamente de acuerdo al balance histórico de la lucha de la clase proletaria. Por lo tanto tendrá éxito entre aquellos que padecen la enfermedad social de buscar remedios sencillos a una situación complicada y que además quieren remozar esta enfermedad con unas dosis de esnobismo histórico. Pero para el proletariado, inmerso en una crisis política que le impide romper las bridas que le ayuntan a su enemigo histórico, estas **boutades** de intelectual no significan más que un peso muerto del que librarse sin contemplaciones.

#### Notas:

1. Los artículos de la serie «Sobre el hilo del tiempo» escritos por Amadeo Bordiga como contribución a la lucha de nuestro partido contra toda forma de oportunismo que ha intoxicado y continúa intoxicando a la clase proletaria, se publicaron anónimamente, como cualquier otro artículo, en el periódico del partido, cuyo nombre era **Battaglia Comunista** hasta octubre de 1952 e **Il Programma Comunista** desde octubre de 1952 en adelante. Su estructura tenía generalmente dos secciones: un «Ayer» en el cual se traían los argumentos y las posiciones del oportunismo característico del periodo histórico previo a la revolución rusa de 1917 y a la formación de los partidos comunistas, por lo tanto reformista y socialdemócrata, y un «Hoy» en el cual se reportaban los argumentos y las posiciones del oportunismo característico del periodo histórico contemporáneo, por lo tanto estalinista y nacionalcomunista.

2. **Sobre la derrota del propio gobierno en la guerra imperialista**, Lenin, Obras escogidas. Ed. Progreso, Moscú, 1977.

3. **Lenin, el socialismo y la guerra**, Ediciones en Lenguas extranjeras, Pekín 1970.

4. *Ibid.*

5. Publicadas en **El Programa Comunista n.º 34-35**, abril de 1980.

6. Ver **Il Partito Comunista Internazionale nel solco delle battaglie di classe della Sinistra Comunista en el tormentato camino della formazione del partito di classe**, Ediciones **Il Comunista**, 2010.

## Vida de partido

El pasado mes de octubre mantuvimos un encuentro con nuestros lectores acerca de nuestro opúsculo «*Las razones de nuestro abstencionismo*», entonces recién publicado, y con el cual nuestro partido pretende dar una respuesta al circo electoral del que 2015 ha estado plétórico, mostrando la invariancia histórica de las posiciones del marxismo revolucionario acerca de la cuestión electoral y, más concretamente, reivindicando la lucha de la Izquierda Comunista de Italia contra la mixtificación parlamentaria. Reproducimos, a continuación, las líneas generales de la exposición realizada en el encuentro.

Han pasado más de 90 años desde que la Izquierda Comunista de Italia, entonces al frente del Partido Comunista de este país, mantuviese la polémica con la III Internacional acerca de la cuestión, desarrollada sobre un plano *estrictamente táctico*, del abstencionismo. Además han pasado ya casi 40 años desde que los textos que reeditamos ahora se publicasen como folleto en el contexto de una lucha contra los grupos pretendidamente comunistas de la época que se referían a dicha polémica para justificar sus posiciones respecto al parlamento. Finalmente, ya ha pasado una década desde que se reprodujeron en nuestra prensa en italiano continuando con la lucha para defender la doctrina marxista contra las desviaciones de cualquier tipo. Pero los marxistas revolucionarios no consideramos la importancia de los hechos, ni mucho menos el balance extraído de estos, en función de su cercanía o de su lejanía. La historia es la historia de la lucha entre clases y, por lo tanto, mientras el proletariado no haya logrado exterminar de una vez por todas al capitalismo, mientras la última fase de la historia de la sociedad dividida en clases no haya desaparecido dejando lugar a la sociedad realmente humana que significará el socialismo, todos los elementos de la experiencia histórica del proletariado conservan su valor. El abstencionismo electoral y parlamentario, para distinguirlo netamente de las posiciones anarquistas, ha de ser completado: se trata de **abstencionismo revolucionario**. No es, de hecho, una simple táctica de no participación en las elecciones ni en el parlamento burgués, sino que forma parte de la lucha revolucionaria: recordamos la consigna clásica de la izquierda comunista de Italia: o preparación electoral o preparación revolucionaria. El abstencionismo revolucionario se acompaña de la táctica del derrotismo revolucionario en los enfrentamientos contra la movilización bélica: estamos contra la participación en ninguno de los frentes burgueses beligerantes y por la guerra revolucionaria, estamos contra cualquier participación en la «lucha electoral» y en la «lucha parlamentaria» y por la lucha de clase. Dicho claramente: por la lucha en la calle organizada y finalizada con el enfrentamiento entre clases.

Ciertamente hoy la burguesía se presenta victoriosa en todas partes y difunde su mensaje a los cuatro vientos: la lucha de clases, especialmente aquella lucha que se desarrolló en los violentísimos términos de los años del auge de la revolución proletaria, está liquidada. Ni ahora ni nunca, dice, se plantearán aquellos problemas ni, por lo tanto, se requerirán las soluciones que las posiciones revolucionarias les dieron. De hecho este no es sólo el discurso de la burguesía cuando afirma abiertamente la superación de la lucha proletaria a favor de nuevas vías democráticas que la harían innecesaria, sino que es sobre todo cuando sus agentes se dirigen al proletariado para hacerle confiar en esas vías desechando cualquier atisbo de lucha, cuando más se escuchan estas palabras. Ellos, los que defienden que en el capitalismo se ha producido un cambio sustancial y que los términos en los que el marxismo planteó la lucha revolucionaria ya no son válidos, tienen precisamente como uno de los principales bastiones de su discurso el hecho de que la democracia parlamentaria, la que surgió en España en 1.978 y en el resto de Europa al ser vencidas las potencias del Eje en la II Guerra Mundial, es capaz no sólo de integrar a los proletarios en un régimen en el que estarían en igualdad de condiciones que la burguesía, sino, además, de hacer bascular a este en su favor, poniendo límites al desarrollo del propio capitalismo y dándole un rostro nuevo, algunos incluso llaman a esto «socialismo». Pero, aún sin saberlo, estas mismas corrientes del oportunismo moderno son las que se ciñen a los términos que tanto desprecian por «antiguos», sus posiciones son las mismas que nuestra corriente combatió hace 90 años y su exigencia de obedecer las exigencias democráticas, con el parlamentarismo como momento estelar de estas, las mismas que ya plantearon entonces como remedio a la lucha revolucionaria del proletariado. Demostración clara de que la cuestión volverá, tarde o temprano, a plantearse como entonces lo hizo.

El abstencionismo electoral y parlamentario de la Izquierda Comunista de Italia se contraponía no sólo al electoralismo democrático y pacifista, sino también al «parlamentarismo revolucionario» de Lenin y Trotsky. Con el parlamentarismo revolucionario compartía el objetivo final común: destruir el parlamento burgués. En las posiciones de Lenin y de Trotsky, la participación en el parlamento era necesaria porque las masas consideraban que era un lugar en el cual plegar al poder político burgués a sus necesidades inmediatas y los comunistas con su participación profundamente crítica debían mostrar que el parlamento era sobre todo una institución burguesa útil a la burguesía para engañar a las masas proletarias; Lenin y Trotsky en sus concepciones acerca del parlamentarismo revolucionario no suspendían la lucha de clase, la lucha en la calle y por lo tanto todas las tácticas, incluidas las violentas, de respuesta a la violencia burguesa y patronal, sino que las conducían simultáneamente. La posición abstencionista de la Izquierda Comunista de Italia, mientras que declaraba la utilidad de la táctica del parlamentarismo revolucionario en los países en los cuales históricamente la revolución democrático-burguesa estaba en el orden del día –como la Rusia de la época, China, India y muchos países de Asia y África– con la consiguiente necesidad por parte del proletariado de movilizar también a las masas campesinas y pequeño burguesas, para los países desarrollados y con una democracia parlamentaria más que estabilizada la táctica de los comunistas debía distinguirse netamente de aquella de la socialdemocracia y del socialismo pacifista y colaboracionista (que además era intervencionista durante la guerra imperialista), demostrando que el parlamentarismo era una de las tácticas burguesas más eficaces para corromper al proletariado y a sus partidos.

Frente a los anarquistas, nuestro abstencionismo no era una táctica de anti-política, sino una táctica de política revolucionaria que buscaba conquistar el poder político para instaurar la dictadura proletaria ejercida por el partido de clase. Los anarquistas son abstencionistas porque son contrarios a la **política**, que para ellos significa autoridad, poder, Estado. Están, o mejor estaban, como nosotros los comunistas revolucionarios, por la lucha de clase, pero para ellos la clase es una suma de individualidades, de «conciencias individuales» que «eligen» deshacerse de cualquier poder político organizado y, por lo tanto, de cualquier partido político.

El proletariado insufla vida, hoy, al cadáver capitalista. Lo hace aceptando la colaboración entre clases, es decir la colaboración con la burguesía, como base de su propia existencia. De esta manera, el proletariado es explotado en el puesto de trabajo, donde mantiene la tasa de ganancia del capital según las exigencias de este. Cuando su fuerza de trabajo no es necesaria porque la misma naturaleza caótica de la producción capitalista lleva a esta a crisis periódicas que exigen la destrucción tanto de capital fijo como de capital variable (es decir, de obreros) el proletariado es lanzado lejos de la producción, el único terreno en el que puede ganarse la vida, y pasa a aumentar las listas del paro, con la consiguiente caída de sus condiciones de existencia. Finalmente cuando a miles de proletarios, hoy en países de la periferia capitalista, mañana en todas partes, se les exige defender los intereses del capital nacional en guerras imperialistas destinadas a la conquista de nuevos territorios, a la obtención de fuentes de materias primas, etc. se les inmola definitivamente ante las exigencias del capitalismo. Y a todas estas situaciones el proletariado se somete no tanto porque la burguesía ejerza presión a través de los medios coercitivos que domina sino porque el proletariado se comporta, tanto en el terreno político como en el más elemental de la defensa de sus condiciones de existencia, como un simple apéndice de la clase dominante. ¿Qué tiene de diferente el abstencionismo revolucionario de hoy respecto de aquel de los años '20 del siglo pasado? Los 95 años pasados desde entonces no han hecho sino confirmar la crítica de la Izquierda Comunista de Italia del parlamentarismo en general y del parlamentarismo revolucionario en particular porque estos se han convertido, en manos de los oportunistas, en un arma suplementaria al servicio de las burguesías imperialistas para contener a los proletarios de los diversos países en los recintos de las instituciones levantadas, sostenidas, alimentadas, ex profeso para desviar a los proletarios de la... preparación para la lucha de clase y, por lo tanto, de la preparación revolucionaria. Hoy no podemos transformar esta indicación táctica en un punto de principio, porque no podemos excluir a priori que en un país particularmente atrasado económica y políticamente del mundo no sea útil adoptar una táctica de este tipo. Pero es cierto que para todos los países en los que el régimen democrático burgués está instaurado desde hace décadas, tanto más para los países imperialistas, el abstencionismo revolucionario, en el enfrentamiento con el electoralismo y el parlamentarismo, es la única táctica útil y correcta desde el punto de vista del marxismo revolucionario.

Este comportamiento del proletariado tiene unas bases materiales bien claras: la espectacular acumulación de capital desarrollada en toda Europa a lo largo de la segunda mitad de este siglo, como consecuencia de la reconstrucción post-bélica, dio lugar a un incremento de la tasa de ganancia para la burguesía. Las lecciones que esta sacó de la ofensiva revolucionaria

abierta con el octubre bolchevique y que golpeó buena parte de los países europeos en los siguientes años le mostraron la necesidad que tenía, para preservar la paz social, de dedicar una parte de estas ganancias extra ordinarias a cubrir mediante la asistencia social el mínimo vital de la clase proletaria, a la vez que edificaba un Estado de dimensiones monstruosas que regula cualquier faceta de la vida social. Tanto los partidos políticos que decían representar al proletariado (social demócratas y estalinistas) como los sindicatos reconstruidos siguiendo el modelo vertical de los regímenes fascistas, fueron los garantes de canalizar los impulsos que empujaban al proletariado a la lucha a través de los cauces que la burguesía había diseñado para esterilizarlos, es decir, para evitar que se convirtiesen en una escuela de la lucha de clase como lo habían sido años antes. El lubricante que ha permitido que durante décadas, salvando incluso las épocas de crisis económica que han deteriorado la base económica de esta situación (aunque no sin hacerla salir dañada de ellas), que este sistema de colaboración entre clases funcionase correctamente, ha sido la democracia, verdadero sistema del gobierno dictatorial de la burguesía capaz de ilusionar a los proletarios con la perspectiva de poder controlar a esta, incluso suprimirla, sin recurrir a la lucha. Y como punto culminante del sistema democrático, como momento por excelencia de la mixtificación democrática, el juego electoral.

Sobre este realiza la burguesía su propaganda más intensa, a través de él pretende materializar la esencia de la democracia llamando directamente a los proletarios a participar en la elección de sus propios gobernantes, que serían capaces de determinar cualquier rumbo para el Estado siempre y cuando esté refrendado por una mayoría de los electores. Todos los problemas que padece el proletariado se cifran, según los parámetros de la democracia burguesa, en el dominio electoral que ejerce una u otra de las opciones parlamentarias, por lo cual el enfrentamiento entre clases tendría en las elecciones su verdadera y única solución.

Si la burguesía democrática de las potencias imperialistas levanta sobre los amortiguadores sociales una política de conciliación democrática entre clases, esta tiene en las elecciones la síntesis perfecta dispuesta a ser vendida en forma de propaganda: el proletariado no debe luchar por sus intereses de clase, no debe defender estos fuera y contra cualquier perspectiva burguesa, el proletariado debe votar.

Aquí se encuentra la verdadera razón de nuestro abstencionismo: si las elecciones son el momento culminante de la política de la colaboración entre clases, la perspectiva de la reanudación de la lucha clasista del proletariado pasa por combatir esta mixtificación que abotarga y anula al proletariado.

No se trata de una posición idealista, no consideramos que el proletariado deba «volverse consciente» de la inutilidad del voto electoral en la sociedad burguesa. El electoralismo, como toda la praxis democrática, responde a factores materiales de primer orden mediante los cuales los proletarios ven como algo real su inclusión en el mundo capitalista: la inercia social, el hábito, que impulsa a los proletarios a someterse a las exigencias burguesas, les lleva a considerar que las elecciones son algo vital también para ellos. El abstencionismo es el nombre sintético con el que definimos la política de nuestro partido que, a través intervención en todas las grietas que aparecen en la sociedad burguesa para afirmar el programa revolucionario comunista, da frente a las convocatorias electorales una respuesta clasista a los problemas reales que estas plantean para la lucha de clase.

Por lo tanto nuestro abstencionismo no consiste en una vaga negación del voto basada en criterios «anti autoritarios» o «anti delegacionistas». No combativos la mixtificación electoral porque en ella los proletarios deleguen su supuesta soberanía en representantes electos, sean estos burgueses o proletarios. En esto nuestro abstencionismo se diferencia del abstencionismo libertario: para ellos es un problema de principios (democracia directa vs democracia representativa, soberanía vs delegación) para nosotros es exclusivamente una cuestión táctica que responde a las exigencias de la lucha de clase del proletariado. Como cuestión táctica desciende directamente de una doctrina, de un programa y de una política general que define y contempla el conjunto de momentos del desarrollo de esta lucha. Por lo tanto no es una opción entre otras posibles, sino la respuesta que la ciencia que define las condiciones de la emancipación del proletariado, el marxismo revolucionario, da a los problemas que se le plantea a la moderna clase explotada. En el capitalismo súper desarrollado, donde la burguesía ha aprendido las lecciones del dominio democrático, no se debe realizar ninguna concesión, ni tan siquiera aparente, a este método a riesgo de reforzar uno de los pilares principales mediante las cuales esta gobierna. Nosotros no «negamos la política» como las corrientes anarquistas. Es más, afirmamos la necesidad de que el proletariado se constituya en clase, luego en partido político, siguiendo las palabras del *Manifiesto del Partido Comunista* de 1.848. Pero para que esta lucha política del proletariado pueda desarrollarse es preciso que este disponga de una posición política propia y esta pasa, precisamente, por la negación de la política burguesa de colaboración entre clases, en la cual las elecciones son un elemento principal. Todo el movimiento electoral es una afirmación de la política burguesa y nuestro abstencionismo es el combate que libramos contra ella sobre este terreno.

Nuestro abstencionismo tampoco es un abstencionismo genérico. No consideramos que las elecciones sean un «engaño» sin más. Esta es más bien otra de las vertientes que existen en aquellas corrientes que niegan la lucha necesidad de la lucha política. En las elecciones, sean al Parlamento, a la Comunidad, al Ayuntamiento o a cualquiera de las instituciones estatales, la burguesía lanza al proletariado las opciones a través de las cuales gobernarle. Es cierto que ninguna de estas opciones plantea, en ningún momento, cambios de ningún tipo en los aspectos esenciales del Estado, de las relaciones sociales, etc. Pero también es cierto que en ellas la burguesía pone todo el empeño posible para que sean capaces de movilizar al mayor número de proletarios de manera que el mecanismo electoral sea rentable. A través de ellas la burguesía plantea las fórmulas adecuadas para que la constante (defensa de la economía nacional) sea asumida por los proletarios como algo propio, como algo que defender. El combate contra el método democrático de gobierno que se expresa en las elecciones pasa por lo tanto por el combate contra aquellas opciones que, revestidas de un manto supuestamente proletario, buscan hacer asumir como necesarias las exigencias que la burguesía plantea continuamente.

Nosotros no consideramos que las elecciones sean un indicador de absolutamente nada en lo que respecta al proletariado. Más votos a las opciones de izquierda no significan, de ninguna manera, una mayor cercanía del proletariado a las posiciones de clase. Muy al contrario, vemos en las elecciones un indicador de la fuerza que todavía posee la burguesía para dominar al proletariado. En este sentido nuestro abstencionismo tampoco es un abstencionismo pasivo, que vea con simpatía ciertas opciones radicalizadas porque supondrían un paso adelante, pequeño, sobre un terreno poco fértil, pero adelante al fin y al cabo, en el largo camino que el proletariado debe recorrer para volver al terreno de la lucha. De hecho, esta es la propuesta que lanza la burguesía a algunos de los proletarios más decididos, especialmente en las elecciones locales, allí donde estos pueden tener un peso relevante: participar no cambia nada de lo esencial, pero algo mejora. Y es así como vemos todas las proclamas maximalistas venirse abajo en busca de un centro social más, de una mejor política laboral, de que la Guardia Civil no entre en un pueblo...

En la situación actual, cuando el proletariado vive aún en el largo periodo de ausencia de la lucha de clase y de contra revolución permanente, nuestro partido dispone de unas fuerzas muy limitadas. Las grandes batallas históricas que la corriente revolucionaria de la Izquierda Comunista libró en torno al abstencionismo tuvieron un valor ejemplar, aún hoy lo tienen, porque, como puede verse en la publicación que presentamos hoy, se dieron en unas circunstancias muy diferentes a las actuales. Entonces se discutía sobre la táctica que el partido de clase debía adoptar frente a un proletariado en el apogeo de su lucha, cuando todas las fibras de su cuerpo se habían tensado buscando la victoria revolucionaria. Es algo común entre los confusionistas de todo tipo el querer transportar automáticamente las consignas del ayer radiante a nuestros días, mucho más oscuros sin duda. Ignoran que la verdad de estas consignas no estaba en que fuesen reproducibles sin más en cualquier momento y circunstancia. Su fuerza, por el contrario, residía en que expresaban el planteamiento exacto que la lucha revolucionaria exigía para los problemas que se planteaban: ninguna concesión a la burguesía, ataque frontal a sus métodos de gobierno, especialmente a los que más confusión introducían respecto a los medios y los fines entre los proletarios. Nuestro abstencionismo, hoy, parte exactamente de las mismas premisas y busca los mismos fines. Si el medio es considerablemente más hostil, esto es sólo un motivo más para profundizar en ellos. Hoy el abstencionismo no lo dirigimos como guía de actuación que vaya a materializarse prácticamente y de inmediato entre los proletarios. Para nosotros, que somos conscientes de los límites que nos plantea la situación actual, este tiene un carácter básicamente de consigna. Cumple un papel dentro de la propaganda que el partido trata de realizar entre los proletarios para explicar sus posiciones, los balances históricos de la lucha del proletariado de los cuales se derivan estas y las condiciones que deben existir para que cobren fuerza de nuevo. En esta consigna resumimos nuestra lucha contra la dictadura democrática de la burguesía y la influencia con que esta ha calado hasta los tuétanos del proletariado el espíritu de colaboración inter clasista.

(viene de la pág. 23)

Necesariamente la propaganda de nuestras posiciones no es sencilla de realizar. Para el proletariado hoy no está a la orden del día la lucha revolucionaria. Se trata por lo tanto de ligar a través de ella a los elementos más avanzados de este a la historia de aquella lucha. Con la consigna de nuestro abstencionismo resumimos, también, la experiencia de la lucha de la clase proletaria contra los métodos de su enemigo y las consecuencias que resultan de esta: mientras la sociedad dividida en clases continúe existiendo bajo su última forma, la capitalista, el Estado jamás será algo colocado por encima de estas clases, sino que servirá a aquella que domina, la burguesía. Y mientras esto sea así todas las fuerzas que arrastran al proletariado a someterse a él como un árbitro imparcial que puede fallar a su favor en el conflicto que libra con la burguesía, contribuyen a retrasar el momento en el que la clase obrera vuelva al terreno de la lucha. Por lo tanto la participación electoral sólo contribuye a soldar las cadenas que impiden que el proletariado se ponga en pie de nuevo. Estas son las razones de nuestro abstencionismo. La táctica abstencionista tal y como fue formulada por la Izquierda Comunista de Italia se aplica sólo en el campo político, no en el sindical. En el campo sindical, precisamente porque los

organismos sindicales son organismos que se basan sobre las condiciones salariales y sobre las condiciones de trabajo de los proletarios, no importando qué ideas tengan en la cabeza, una cierta dosis de «democracia» es accidentalmente necesaria, en el sentido de que las plataformas de lucha, las reivindicaciones inmediatas, las mociones, las decisiones relativas a las huelgas y a los medios a adoptar en la lucha clasista contra los patrones, aun cuando los patrones son la administración pública y el Estado, no pueden ser impuesta desde arriba ni desde fuera sino que deben ser compartidas por la mayoría de los proletarios implicados. Y actualmente esto tiene lugar mediante la técnica democrática de la mayoría y la minoría. La táctica del abstencionismo revolucionario, por lo tanto, desciende directamente de la concepción marxista de la lucha de clase anti burguesa, de la lucha contra la democracia —que es siempre democracia burguesa— tanto desde el punto de vista ideal y político como desde el punto de vista del método de gobierno institucional-organizativo. No se puede considerar, por lo tanto, como «tacticismo», en el sentido de que seremos abstencionistas mientras seamos una pequeña organización y nos volveremos parlamentaristas cuando nos transformemos en una mayor.

## Las razones de nuestro abstencionismo

(Textos del partido N° 1,  
Octubre 2015, A4, 20 páginas)

- Introducción
- El parlamento y la lucha por los sóviets (Carta circular del Comité Ejecutivo de la III Internacional Comunista, del 1 de septiembre de 1919)
- La Tercera Internacional y el Parlamentarismo (De «Il Soviet», año III, nº11 del 11-4-1920; reproducida también en la «Historia de la Izquierda Comunista 1919-1920, cit., pp 525-527)
- La nueva época y el nuevo parlamentarismo (Introducción de Trotsky a las Tesis sobre los partidos comunistas y el arlamentarismo, II Congreso de la IC 1920)
- Tesis sobre el Parlamentarismo (Presentadas por la Fracción Comunista Abstencionista del Partido Socialista Italiano - II Congreso de la IC 1920)
- Preparación revolucionaria o preparación electoral (De l'«Avanti!», 14/09/1919)
- 1921. Elecciones (A. Bordiga, «II Comunista» del 14/04/1921)
- Manifiesto del Partido Comunista de Italia para las elecciones políticas de 1921 (Manifiesto publicado en «Il Comunista» del 21 de abril de 1921)
- El cadáver todavía camina (De opúsculo «Sul filo del tempo», Partido Comunista Internacional, mayo de 1953)

## El programa del partido comunista internacional

**El Partido Comunista Internacional está constituido sobre la base de los principios siguientes establecidos en Liorna con la fundación del Partido Comunista de Italia (Sección de la Internacional Comunista):**

1/ En el actual régimen social capitalista se desarrolla una contradicción siempre creciente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción dando lugar a la antítesis de intereses y a la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía.

2/ Las actuales relaciones de producción están protegidas por el poder del Estado burgués que, cualquiera que sea la forma del sistema representativo y el uso de la democracia electiva, constituye el órgano para la defensa de los intereses de la clase capitalista.

3/ El proletariado no puede romper ni modificar el sistema de las relaciones capitalistas de producción del que deriva su explotación sin la destrucción violenta del poder burgués.

4/ El partido de clase es el órgano indispensable de la lucha revolucionaria del proletariado. El Partido Comunista, reuniendo en su seno la fracción más avanzada y decidida del proletariado unifica los esfuerzos de las masas trabajadoras encauzándolas de las luchas por intereses parciales y por resultados contingentes a la lucha general por la emancipación revolucionaria del proletariado. El Partido tiene la tarea de difundir en las masas la teoría revolucionaria, de organizar los medios materiales de acción, de dirigir la clase trabajadora en el desarrollo de la lucha de clases asegurando la continuidad histórica y la unidad internacional del movimiento.

5/ Después del derrocamiento del poder capitalista, el proletariado no podrá organizarse en clase dominante más que con la destrucción del viejo aparato estatal y la instauración de su propia dictadura privando de todo derecho y de toda función política a la clase burguesa y a sus individuos mientras sobrevivan socialmente, y basando los órganos del nuevo régimen únicamente sobre la clase productora. El Partido Comunista, cuya característica programática consiste en esta realización fundamental, representa, organiza y dirige unitariamente la dictadura proletaria. La necesaria defensa del Estado proletario contra todas las tentativas contrarrevolucionarias sólo podrá ser asegurada privando a la burguesía y a los partidos hostiles a la dictadura proletaria de todo medio de agitación y de propaganda política, y con la organización armada del proletariado para rechazar los ataques internos y externos.

6/ Sólo la fuerza del Estado proletario podrá ejecutar sistemáticamente las sucesivas medidas de intervención en las relaciones de la economía social, con las que se efectuará la sustitución del sistema capitalista por la gestión colectiva de la producción y de la distribución.

7/ Como resultado de esta transformación económica y de las consiguientes transformaciones de todas las actividades de la vida social, irá eliminándose la necesidad del Estado político, cuyo engranaje se reducirá progresivamente al de la administración racional de las actividades humanas.

\* \* \*

**La posición del partido frente a la situación del mundo capitalista y del movimiento obrero después de la segunda guerra mundial se basa sobre los puntos siguientes:**

8/ En el curso de la primera mitad del siglo XX, el sistema social capitalista ha ido desarrollándose en el terreno económico con la introducción

de los sindicatos patronales con fines monopolísticos y las tentativas de controlar y dirigir la producción y los intercambios según planes centrales, hasta la gestión estatal de sectores enteros de la producción; en el terreno político con el aumento del potencial policial y militar del Estado y con el totalitarismo gubernamental. Todos estos no son nuevos tipos de organización con carácter de transición entre capitalismo y socialismo ni menos aún un retorno a regímenes políticos preburgueses; al contrario, son formas precisas de gestión aún más directa y exclusiva del poder y del Estado por parte de las fuerzas más desarrolladas del capital. Este proceso excluye las interpretaciones pacifistas, evolucionistas y progresivas del devenir del régimen burgués y confirma la previsión de la concentración y de la disposición antagónica de las fuerzas de clase. Para que las energías revolucionarias del proletariado puedan reforzarse y concentrarse con potencial correspondiente a las fuerzas acrecentadas del enemigo de clase, el proletariado no debe reconocer como reivindicación suya ni como medio de agitación el retorno ilusorio al liberalismo democrático y la exigencia de garantías legales, y debe liquidar históricamente el método de las alianzas con fines transitorios del partido revolucionario de clase tanto con partidos burgueses y de clase media como con partidos seudo-obreros y reformistas.

9/ Las guerras imperialistas mundiales demuestran que la crisis de disgregación del capitalismo es inevitable debido a que ha entrado en el período decisivo en que su expansión no exalta más el incremento de las fuerzas productivas, sino que condiciona su acumulación a una destrucción repetida y creciente. Estas guerras han acarreado crisis profundas y repetidas en la organización mundial de los trabajadores, habiendo las clases dominantes podido imponerles la solidaridad nacional y militar con uno u otro de los bandos beligerantes. La única alternativa histórica que se debe oponer a esta situación es volver a encender la lucha de clases al interior hasta llegar a la guerra civil en que las masas trabajadoras derroquen el poder de todos los estados burgueses y de todas las coaliciones mundiales, con la reconstitución del partido comunista internacional como fuerza autónoma frente a los poderes políticos y militares organizados.

10/ El estado proletario, en cuanto su aparato es un medio y un arma de lucha en un período histórico de transición, no extrae su fuerza organizativa de cánones constitucionales y de esquemas representativos. El máximo ejemplo histórico de su organización ha sido hasta hoy el de los Consejos de trabajadores que aparecieron en la Revolución Rusa de octubre de 1917, en el período de la organización armada de la clase obrera bajo la única guía del Partido Bolchevique, de la conquista totalitaria del poder, de la disolución de la Asamblea Constituyente, de la lucha para rechazar los ataques exteriores de los gobiernos burgueses y para aplastar en el interior la rebelión de las clases derrocadas, de las clases medias y pequeño-burguesas, y de los partidos oportunistas, aliados infalibles de la contrarrevolución en sus fases decisivas.

11/ La defensa del régimen proletario contra los peligros de degeneración presentes en los posibles fracasos y repliegues de la obra de transformación económica y social, cuya realización integral no es concebible dentro de los límites de un solo país, no puede ser asegurada más que por la dictadura proletaria con la lucha unitaria internacional del proletariado de cada país contra la propia burguesía y su aparato estatal y militar, lucha sin tregua en cualquier situación de paz o de guerra, y mediante el control político y programático del Partido comunista mundial sobre los aparatos de los estados en que la clase obrera ha conquistado el poder.